

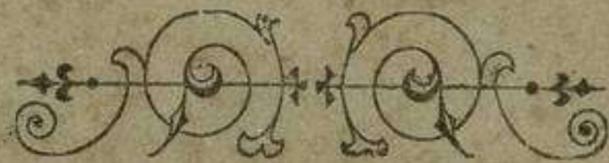
417
5-10-17

LA TIERRA

BOSQUEJOS DE LA VIDA RURAL

POR

JUAN BENEJAM



CIDADELA

Imprenta y librería de S. Fábregues.

1891

77



1036729

SM 1577

86-36

SM
1577

LA TIERRA

BOSQUEJOS DE LA VIDA RURAL

POR

JUAN BENEJAM



CIUDADELA

Imprenta y librería de S. Fábregues.

1891

P-365A

P-365A

Regalado por su Autor. — año 1891.



Reservados los derechos de propiedad.



ESTUDIO

1891

RAZÓN DE ESTA OBRITA

Háse despertado en los modernos tiempos un movimiento que tiende á mejorar el estado y promover la cultura de las clases populares; pero nunca vemos que la condición del pueblo se levante, ni que sus costumbres mejoren, ni que el horizonte de sus conocimientos se ensanche; porque agobiado el trabajador con el fardo de sus cuitas, en lucha perdudable para atender á la subsistencia, apenas puede darse cuenta de las elevadas manifestaciones del ingenio humano.

Es necesario convocar á una gran parte de la clase obrera en un teatro vastísimo que, no obstante y la perspectiva que ofrece y la riqueza que esconde, se halla casi olvidado de los hombres á quienes preocupan los grandes intereses sociales. Es necesario fijar la anhelante vista y acumular toda suerte de recursos en los campos, que liberalmente convidan á un plácido sosiego, ofreciendo sus ricos tesoros á los que aciertan á descubrir los secretos de un buen cultivo.

Pero consideremos la orfandad en que yacen las zonas rurales y el deplorable abandono en que vive la rústica gente, donde se ceba la ignorancia y su más fiel aliada

la miseria. Ved el gran número de familias que moran en despoblado: nacen, viven y mueren, sin haber sentido otras sollicitaciones que las de su instinto.

Preciso es levantar la condición moral de esas pobres gentes y fomentar la protección hácia los animales útiles, en cuyo tratamiento se desahogan en muchas ocasiones la ferocidad ó la barbarie; preciso es también introducir mejoras en nuestra agricultura, de suyo tan ciega como rutinaria, y no ménos desvalida que rutinaria y ciega.

Todas las actividades y energías se concentran en las ciudades ó en los centros populosos; en tanto la emigración rural viene tomando cada dia proporciones alarmantes, y los que se quedan pegados al terruño es para llorar su desventura sobre los aperos de labranza, como si la tierra, de madre que era, en despiadada madastra se hubiera convertido.

¡Funesta aberración! Para sostener una vida artificiosa en las ciudades, donde la atmósfera del mercantilismo apaga las llamaradas del espíritu, y donde las intemperancias por un lado y las conturbaciones por otro consumen el organismo y precipitan la destrucción de una vida azarosa, se acumulan los capitales, las inteligencias y

todas las fuerzas vivas de que la sociedad dispone; mientras que en los campos, donde puede mantenerse el individuo bajo la influencia de todos los elementos cósmicos, en el pleno dominio de sus facultades, con mas cielo y mas Dios, con mayor belleza y menos desazones, de allí nos apartamos con desvio, y aquellas tierras languidecen, y aquella fecundidad se agota, y quedan cegados aquellos manantiales, origen, que tal podrian ser, de la mas segura, de la mas positiva riqueza nacional.

Emilio Zola, el pontífice del naturalismo descarnado y grosero, en su libro titulado «La Tierra» ha descrito las costumbres de los campesinos, mojando su pluma en el fango de todas las concupiscencias. Sin gasas ni atenuaciones ha fotografiado, pero solo por un lado—por el lado mas vergonzoso—la vida campestre y, naturalmente, se ha visto toda la podredumbre, engendro del egoismo en contubernio con la miseria.

No, no: se necesita volver por los fueros ultrajados de las conciencias puras y reivindicar la obra de Dios mostrando sus excelencias. Embellezcamos las comarcas agrícolas distribuyendo en las zonas rurales el exceso de gente, la plétora de producción que experimentan las ciudades; pero conducién-

do á aquellas comarcas los recursos que faltan: dinero, brazos é inteligencias.

Lejos de nosotros la pretensión de crear idilios con sus Lisandros y Melibeas, ni de querer resucitar la famosa «edad de oro» convirtiendo en realidad la fábula; pero pretendemos que de la agricultura cunda el bienestar; que éste se desprenda de aquella como un olor especial de los campos, levantando esa misma agricultura de su postración anémica para que forme armonía con todas las notas del progreso humano, y descubra magníficos y agradables horizontes, y sirva de égida, no de desamparo, á la población rural, y ennoblezca el oficio del cultivador, reducido hoy dia á la triste condición de *paleta*.

La moralidad con Dios, el desarrollo de la inteligencia aplicada al arte y el fomento de la agricultura en todas sus ramificaciones, han de resolver, lector mio, el pavoroso problema social. La naturaleza embellecida, ó más bien, los campos cultivados, conservan todavía átomos de la pureza primitiva, que sin la rustiquez y malandanza de aquellos tiempos y con los elementos de ahora, llegarían á formar una probidad culta. El primer surco abierto en la tierra por el hombre, ha dicho Lamartine, es el primer acto de su civilización, y, no hay lugar á duda: cuan-

to más se separa el hombre de la tierra, más falsa es su posición en el mundo, como le sucede al niño separado del regazo maternal.

Nuestros abuelos cultivaban la tierra, sin duda con más ahinco que nosotros; pero sin inspiración, como nosotros también; encadenados à unos procedimientos rutinarios, à prácticas todavía usadas, como las usaban los antiguos egipcios, sin más espíritu que el de imitación, sin otra mira que un tenaz empirismo. Y cuando todas las artes, en competencia magnífica, se han desligado de añejas trabas, realizando verdaderos prodigios, el arte de cultivar la tierra ha permanecido casi aletargado y sin vida, formando nota discordante con todas las demás; y esto será mientras el cultivador se cierre à las inspiraciones de arriba para aspirar tan solo lo que emana del terruño. Sólo el trabajo asociado à la inteligencia, y la inteligencia en consorcio con el sentido moral, han de regenerar à nuestro pueblo; y sólo mejorando en este sentido la agricultura, en España sobre todo, se prestará vitalidad à las demás industrias.

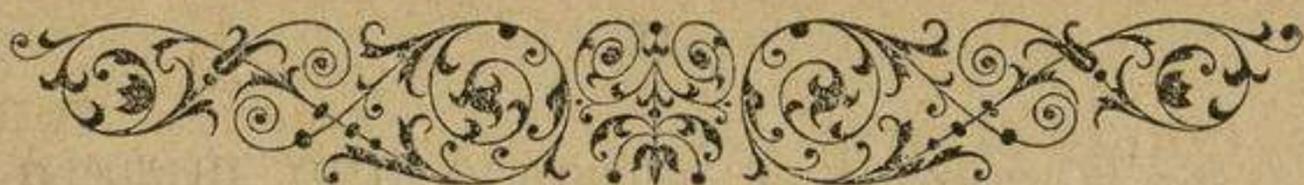
Bajo tal punto de vista, puede que no sean del todo inútiles obritas como la presente, que tiende à fomentar la población rural, creando pequeñas sociedades en los cam-

pos donde el arca santa de la familia, constituida con los elementos más sanos, flote por encima de las aguas de todos los diluvios sociales; promover en el seno del hogar doméstico el amor á la tierra que nos sustenta, con la mirada fija en el cielo que nos cobija; extendiendo á la par los sentimientos de humanidad hácia los animales destinados á nuestro servicio, y combatir la funesta propensión que sienten muchos lugareños para vivir en los pueblos y cambiar de oficio.

¿Merecerán estos Bosquejos ser introducidos como libro de lectura en las escuelas de nuestra pátria, para disponer los niños á recibir las impresiones mas en armonía con las necesidades de la época que alcanzamos? ¿Conseguirán alguna predilección por parte de aquellas personas que, por altas razones de humanidad y patriotismo, se han consagrado á propagar la afición á la agricultura y á fomentar la proteccion hacia los animales y las plantas, en esta nación tan noble como desgraciada?

En verdad, no sabemos que pensar sobre el éxito que alcanzan algunas obritas.





I

Dios en la naturaleza

¡Qué delicia es la mía! Soy dueño de unos extensos campos que heredé de mis padres y que yo mismo cultivo, á trueque de proporcionarme salud, bienestar y contento.

Vivo en la granja en compañía de mi esposa y de mis hijos, ese grupo de seres que forman en el mundo mi corona de gloria.

Soy labrador, y siento afición decidida por mis tierras, por mis ganados, por mis cultivos, y contemplo con íntimo gozo esos árboles que plantó mi abuelo, ese horizonte que me rodea, porque todo es mio, no ambicionando más que mejorarlo todo con mis esfuerzos.

Ye no sé como hay personas que miran con repugnancia y desvio las cosas del campo. Morar en despoblado, exclaman; vivir expuesto á percances y calamidades, desprovisto de todo humano recurso; pasar sin templos ni sacerdotes, falto de auxilios espirituales cuando la necesidad los reclame... es cosa de aburrirse y apesadumbrarse, cuando no de andar desesperado.

Tal es la manera de discurrir de ciertas gentes. Pero fuera de que yo sé guardarme de la acción de los malhechores, de los cuales no andan escasos los centros más populosos, no por esto rehusó la sociedad, ni dejó de participar de sus recursos, ni me veo privado de trasladarme á la villa, donde no faltan templos ni sacerdotes.

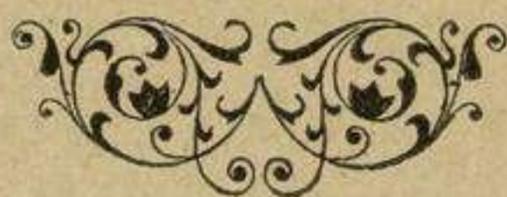
Por otra parte, aqui, bajo la techumbre de los cielos, admiro á Dios en sus obras y le siento en lo íntimo de mi sér. Cuando doy comienzo á mi trabajo diario, me aislo un instante y medito: elevo mi pensamiento y con mi pensamiento mi corazón, al Dios padre de las criaturas.

La Naturaleza es un templo grandioso que tiene por bóveda el firmamento, y por altar el corazón del hombre agradecido.

En verano, recostado durante la siesta á la

sombra de un árbol, contemplo mis doradas mieses y bendigo á Dios que tal me depara, al mismo tiempo que percibo una voz interior que me dice: «ayúdame y te ayudaré.»

En las noches de invierno, junto á la lumbre, oyendo chisporrotear los encendidos troncos, contemplo á mi robusta prole y por ella le pido á Dios sus bendiciones, en tanto que trabajo y me desvelo para que mis hijos sean hombres completos.



¡Pobre agricultura!

Acabo de regresar de la ciudad á donde fui para mis negocios, pues el labrador tiene que convertirse muchas veces en comerciante.

En la fonda en que me hospedaba hube de conocer á un sugeto, hombre al parecer instruido, quien me propuso hacerme partícipe de una empresa de la que se prometia pingües beneficios.

Mi aspecto de lugareño debióle llamar sin duda la atención, y trataría quizás de sonsacarme unos cuartos para hacerlos pasar bonitamente á su bolsillo.

O tal vez sería algún hombre de bién que anduviese preocupado en ilusorios proyectos; pues no es justo desconfiar de la buena fe de todo el mundo. Mas á mí no me seducen los negocios que no entiendo, por mas risueña que se pinte su perspectiva.

Allá otros propietarios que se las hayan con sus sociedades anónimas, su papel el Estado ó sus acciones de ferrocarril; que yo tengo para mí que no hay dinero mejor empleado que el que se aplica al cultivo, cuando uno tiene finca propia, mayormente si con inteligencia la explota.

Pero ya se ve; muchos tienen á menos el ser propietarios lugareños y consumen sus rentas en la ciudad, la cual les ofrece ancho campo á sus aspiraciones. Su vida aristocrática y á veces ruidosa; los goces de refinamiento y lujo á que muchos se entregan, les aparta del dulce sosiego que podrian disfrutar en sus heredades, cuya posesión consideran otros como un título de raza simplemente, ó como un privilegio de sangre, ó como sustentación de blasones.

Tampoco faltan propietarios que, aunque menos opulentos, prefieren residir en la ciudad con el laudable fin de ilustrarse ó abrir un porvenir á sus hijos; pero entretanto las fincas yacen medio arruinadas por falta de cuidados, el suelo depauperizado por carencia de abonos, las pobres bestias sufriendo miserias y en emigración continua los habitantes de la comarca. ¡Y aún piden rendimientos, muchos rendimientos

sin querer gastar ni una sola peseta en las mejoras del terreno!

Visiten á menudo sus fincas los propietarios que en ellas no viven. Observen, estudien, vigilen, fiscalicen las labores si es preciso, y no se desdeñen de alternar y departir con sus colonos, induciéndoles á mejorar prudentemente el cultivo, sin fiarlo todo al azar ó esperándolo todo de la Providencia.



III

Lo que causa tristeza.

¡Cuánto se ha recorrido por las vías del progreso humano! La industria ha hecho prodigios, el comercio ha realizado maravillas; y sin embargo, la agricultura permanece casi estacionaria y en algunas comarcas apenas da señales de vida.

Y que esto suceda en un país privilegiado como es la España, con tantos caudalosos ríos, feraces montes y risueños valles! ¡España! la tierra de promisión para las antiguas razas!

Yo he visitado muchos cortijos y heredades, y he visto reflejarse en muchas partes el abandono y la miseria.

Me he detenido en varias casas de campo para examinar de cerca á sus moradores, y he visto criaturas de cabeza desgredada, ojos soñolientos y sin brillo, retozar sobre la yerba ó ju-

guetear en establos y pajares. Los he visto roer trcnchos de berza, sucios y harapientos, ocultándose á mi vista, nada menos que si fueran pequeños salvajes.

Muchas de aquellas criaturas pasan su vida entre los animales domésticos, jugando con ellos y como ellos embrutecidos. Tienen aire, sol y libertad, y sin duda estos elementos les conceden robustez y salud; pues entre ellos también se encuentran mejillas sonrosadas, pómulos salientes, manos anchas y espaldas vigorosas; pero el conjunto sin espresión, sin ritmo, sin belleza.

¿Qué ideas se despiertan en aquellas oscuras inteligencias? ¿Qué cuerdas se hacen vibrar en aquellos sencillos corazones?

¡He aquí porque la vida del campo encuentra todavía sistemáticos detractores! ¡Vivir entre gente ordinaria, selvática y montaraz! ¡Alternar con záfios campesinos y tener que escuchar sus patochadas y simplezas!

¡Dios mio! ¿Cuándo les llegará á los habitantes de los campos la cultura de los sentimientos y las luces de la inteligencia que compitan con el esplendor del astro del día?



IV

Un medio de salvación

Se pierden muchas veladas en el campo.

Mi padre me enseñó á leer y el mismo nos leía á veces á toda la familia reunida, «La vida y milagros de San Antonio» ó los famosos hechos de «Los doce pares de Francia» ¡Poquito que me gustaba á mí, siendo niño, escuchar el relato de las hazañas de aquellos caballeros!

Hoy todavía los ciegos cantan á grito pelado sus romances, y aunque el mal gusto campee en ellos, los despachan como pan bendito. Pero yo lo he arreglado de otro modo, y á los romances de ciego prefiero las lecturas útiles, agradables y provechosas.

Hasta los catorce años mis hijos concurren á la escuela, porque entiendo que es una gran desgracia carecer de instrucción, y que una de las principales causas que hacen andar rezagados á los campesinos es la ignorancia.

Y como la educación es obra de toda la vida, casi todas las noches en mi casa se lee y se discute, no faltando á estas sencillas reuniones alguno que otro colono y varios labriegos del lugar vecino.

Leemos periódicos del día, á fin de saber lo que pasa por el mundo, y sobretodo leemos revistas de agricultura. Precisamente sobre los puntos de que tratan estas revistas tenemos materia harto sobrada que discutir. Por supuesto, que en asunto de innovaciones, la mayor parte de mis contertulios no quieren dar su brazo á torcer. y siguen, erre que erre, las mismas prácticas de sus bisabuelos.

No soy tampoco de aquellos que acepten á ojos cerrados todo lo nuevo por la única razón de la novedad. La agricultura, como todas las ciencias de observación, enseña á proceder con pulso en todas las operaciones.

Pecan de temerarios innovadores aquellos que, en lugar de reformas sucesivas, se empeñan en mejorar súbitamente el cultivo y la labranza, con lo cual salen no pocas veces descalabrados. De un modo brusco nada puede hacerse duradero, pues el tiempo no compensa lo que sin él se práctica.

Opuesto vicio á las innovaciones locas y descabelladas, es la rutina torpe y ciega, eterna enemiga del progreso humano. ¿Por qué no adelanta la agricultura al compás de las otras industrias? ¿Acaso se ha dicho sobre ella la última palabra?



Aquellos tiempos

El hombre de hoy no es el hombre de ayer, y por más que digan que están los tiempos malos y que estamos corrompidos, yo no quisiera restituirme á épocas pasadas, ni aún á la famosa *edad de oro* en la cual no se conocía la distinción entre lo tuyo y lo mio. Fábulas son esas, ó sueños de poéticas imaginaciones, pues el egoismo ha sido en todos los tiempos patrimonio del género humano.

Están los tiempos malos, estamos corrompidos... ¿Quién lo duda? Pero aparte del progreso material que pueden percibir hasta los ciegos, ¿creeis que no se ha elevado nuestra condición moral y humanizado nuestros sentimientos?

¿Qué dirían los partidarios del antiguo régimen de la condición de los siervos y villanos, y en general de la de todo el pueblo, en su cacareada edad media? Y sin ir tan lejos, ¿eran mejores que los nuestros aquellos tiempos en

que los bandoleros infestaban todas las comarcas y se fraguaban toda suerte de crímenes en despoblado?

Están los tiempos malos, estamos corrompidos... Pero ignoran, los que tal dicen, como vivía entonces la gente? ¿Sabrían decir cual era la suerte del agricultor, á que se reducía su cultivo, de qué manera y á costa de qué sacrificios obtenía la seguridad personal, cómo y en qué variedad de formas se pagaban las gabelas, cual era la igualdad ante la ley, y quienes disfrutaban de exenciones, fueros y privilegios?

¿Qué las contribuciones en la actualidad nos ahogan! Es verdad. Pero ¿quereis diezmos y primicias? ¿Quereis alcabalas, subsidios, mandas forzosas, tercias reales, frutos civiles y otras gabelas, sin líneas férreas, ni carreteras, ni correos, ni vapores, ni telégrafos?

¿Quereis pósitos pios para recurso de vuestros ahogos? Prescindiendo de su funesta administración, ¿recibiriais como de limosna algunas fanegas de trigo adulterado para la sementera, en tanto que veriais malversar vuestros caudales?

¿Qué hay desfalcos hoy dia en la administración pública! Pero ¿qué no agenciaba ilegalmente en aquellos tiempos el favorito de un monarca? ¿Qué tráficos indignos no se

sancionaban? ¿Qué abusos escandalosos no se cometían? A reproducirse hoy las extorsiones y latrocinios de épocas pasadas, creeríamos haber llegado al colmo de la tiranía y el escándalo.

Hijos míos: para vivir como vivía entonces la gente, desearía que no hubieseis nacido; y, ya veis, soy vuestro padre, me miro en las pupilas de esos ojos y vuestra presencia me colma de regocijo.



VI

Los males de hoy.

¡Oh! la taberna y el bodegón, y si quereis también el café y el casino, suelen dar origen á funestas dilapidaciones y á tristes desventuras, mayormente en los pueblos de corto vecindario, por falta de otros centros de reunión.

¡Cuántos infelices jornaleros consumen en aquellos centros su caudal y, lo que es más, su salud muchas veces y aún la pureza de costumbres!

¿Por qué no se instalan en todos los pueblos centros de lectura, ó no se habilita el salón de las escuelas rurales para conferencias agrícolas en los dias festivos?

En todas las poblaciones, aún en los más miserables villorrios, se encuentra alguna que otra persona indicada para dirigir las ya citadas reuniones que serían fecundísimas, si, por otra parte, se propagasen los medios de enseñanza

con la difusión de obritas útiles que circularan por todas las casas de los lugareños.

Poco vale el saber leer si no se lee; de poco sirve el haber frecuentado la escuela durante la infancia, si luego se olvidan los conocimientos, ó no se acrecientan mediante ejercicios posteriores.

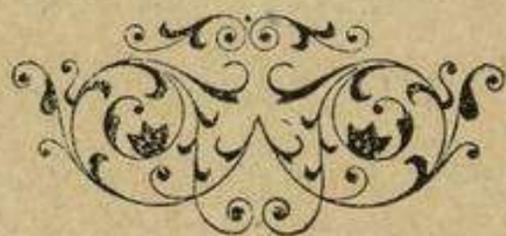
Si muchos de los que pasan los días de fiesta en los centros de disipación, supieran no más los buenos ratos que se pasan leyendo, abandonarían aquellos lugares para consagrarse á la lectura, ó cuando menos á la conversación provechosa.

Yo os aseguro que mis hijos no frecuentarán gran cosa aquellos centros, sin que por ello dejen de divertirse; pues no he de oponerme á que se solacen honestamente algunos ratos con sus amigos.

¡El juego y la bebida! He aquí dos plagas funestísimas para el pueblo, las cuales es necesario á todo trance combatir. El juego—el juego de azar se entiende—principia de una manera insidiosa y recreativa, y acaba muchas veces por la ruina y el estrago. Las bebidas alcohólicas comprometen la salud, exasperan las pasiones y embrutecen al hombre cuando su razón se apaga con el hálito de la borrachera.

Repito que no quiero que mis hijos se crien

solitarios como los hongos; yo deseo que disfruten de agradables pasatiempos; los quiero expansivos y sociales; anhelo que concurran á todas partes donde los hombres lícitamente se congregan, para que sus almas se deleiten en alguna de las manifestaciones del arte, ó se templen, ya en el cumplimiento de un deber, ya en el ejercicio de un derecho.



VII

Medidas de orden.

No puede haber agricultura sin buena administración, ni buena administración con mala contabilidad.

Tal creo yo, y por este motivo todos los sábados arreglamos nuestras cuentas.

Varios de mis convecinos juzgan que es un trabajo inútil el que practicamos con los asientos en los libros. Dicen que para saber lo que produce una finca no hay más que consultar la gaveta y punto conclui lo.

El buen arreglo en las cuentas es el alma de los negocios, digo yo, y me va perfectamente en ello.

Por otra parte, mi contabilidad es muy sencilla. Poseo un libro de *Inventarios* en el cual se anotan todos los objetos que poseo y los que voy adquiriendo constantemente, haciendo constar primero el precio de compra, para ir descontando luego lo que desmerecen con el

uso. Consultando ese libro, en pocos momentos me hago cargo de una parte de mi capital.

En otro libro denominado de *Gastos é Ingresos*, anoto todas las partidas de dinero que entran y salen de la Granja, en razón de las compras y ventas que se verifican.

Por último, en el libro que llamo de *Ganados*, constan clasificadas todas las especies de animales que poseo, con su respectivo valor, amortización, gastos de manutención, productos de cría, etc.

Me parece que mi contabilidad está al alcance de cualquier colono que sepa medianamente leer y escribir. Con esto y tener un sitio para cada cosa, y colocar cada cosa en su respectivo sitio, me ahorro mucho tiempo y muchos quebrantos de cabeza.

Porque el orden no debe limitarse á los negocios, sinó en todas las cosas. ¿No habeis observado en muchos cortijos cierto desbarajuste y confusión? ¿No os habeis fijado en el aspecto interior de muchas casas de campo? Techos ahumados, grietas en las paredes, hoyos en los pisos, puertas destrozadas, sillas rotas, instrumentos por aquí, arreos por allá, nada que inspire bienestar, sinó repulsión y pesagrado.

El orden y la limpieza pueden transformar la

morada del pobre en un nido de palomas.
• Orden, limpieza y también previsión. Cuando el gasto es desconocido en una granja, se vive al azar y muchas veces en el error. De aquí resulta en más de una ocasión la ruina y la miseria.



VIII

Los amigos del hombre.

El hombre del campo pasa casi toda su vida en compañía de los animales domésticos.

Una gran parte de los animales están organizados como nosotros. Tienen más ó menos desarrollados los mismos sentidos, y son susceptibles como nosotros del placer y el dolor.

¿Por qué el grito del animal no ha de expresar el sufrimiento como el grito de la criatura?

Cuando el corazón del hombre no se halla pervertido por el hábito, por la crueldad ó por el espíritu de sistema, no puede observar el sufrimiento de los animales sin sufrir á su vez, lo cual prueba que existe cierta simpatía entre nosotros y ellos.

Cuando un niño arrebatara un nido de pajarillos, véanse el macho y la hembra—el padre y la madre—que se agitan y revolotean alrededor del pequeño desalmado, haciendo vibrar

el aire con sus desgarradores gritos.

Los animales sufren: tienen como nosotros una sensibilidad física y aún cierta sensibilidad moral que en muchos actos patentizan. ¡Cómo que son capaces de manifestarse agradecidos!

¿Quién no se ha conmovido alguna vez al observar el cariño que los animales demuestran á sus hijuelos? ¿Quién no ha parado mientes en la fidelidad del perro, en la nobleza del caballo y en la mansedumbre de la oveja?

De esta especie de analogía física y moral del animal con el hombre—dejando aparte la racionalidad exclusiva del ser humano—se desprende la obligación que tenemos de proteger á los animales domésticos.

¡Cuántos beneficios proporcionan al hombre los animales que éste tiene á su servicio! ¡Y con cuanta ingratitud á veces se los paga!



IX

No más guerra á los pájaros.

La otra noche, mi hija, la tierna Catalina recogía las migas de pan que se caían de la mesa y las guardaba cuidadosamente en el bolsillo de su delantal, y como uno de mis convecinos le preguntase para que quería aquellas migas, la muchacha respondió entre avergonzada y sonriente:

—Para los pájaros que entren mañana en mi jardín.

El buen hombre se quedó asombrado, estrañando que mi hija atendiera al cuidado de los pajarillos, y repuso:

—Pero, ¿no comprendes niña, que esos pájaros perjudican las plantas?

—No tal, dije yo entonces. La mayor parte de esos animalitos deben ser mirados como bienhechores de la agricultura. Ellos hacen una guerra incesante á las legiones de insectos que verdaderamente nos perjudican. Ellos

protejen las plantas y los frutos contra sus naturales invasores, y permiten que unas y otros lleguen á su sazón. Los pájaros, sabedlo, son los ángeles custodios de la espiga de trigo.

—Si, para gorriones estamos, exclamó uno.

Los gorriones, repliqué, por cada grano que pillan se engullen centenares de insectos y gusanos. Observareis á veces en la copa de un árbol una multitud de pajarillos que destruyen las orugas y exterminan los saltones. De pronto una planta les llama la atención. Es un pobre rosal que se muere devorado por una copiosa plaga de pulgon; mas he ahí que la tropa voladora se precipita sobre el rosal, y en breve tiempo el último pulgón ha desaparecido.

Ahora ¿quereis saber las pérdidas que nos causa la destrucción de un nido? Por término medio un nido encierra cinco huevos ó cinco pajarillos. Cada pajarillo comerá diariamente unas cincuenta moscas ú otros insectos, y al cabo de treinta dias los cinco pajarillos habrán comido siete mil quinientos de aquellos pequeños animales.

Doblemos la hoja si quereis. Una mosca come cada dia en flores, hojas, etc, una cantidad equivalente á su peso. Destruyendo no más

una flor cada dia, al cabo de un mes habrá destruido treinta flores que podrian convertirse en otros tantos frutos; y como arrebatando del nido cinco pajarillos, dejais vivir siete mil quinientas moscas, calculada hora el daño que causan los buscadores de nidos.

—La mitad de la mitad, dijo uno con tono zumbón.

—Sea como vosotros querais, repuse yo, suponiendo que todavia no se daban por convencidos; pero tened entendido que Dios no se ha engañado jamás en ninguna de sus obras.



Los amigos del agricultor.

—Y á propósito de lo que hablamos la otra noche, les dije ayer á mis contertulios; aquí teneis un librito que habla de los pájaros útiles á la agricultura.

—Y se llama....

—«Los íntimos amigos del agricultor» (1)
Ved aquí en primer lugar el murciélago.

—Ese animal tan feo?...

—Ese animal tan feo, continué, es un mamífero que pasa el invierno aletargado; pero al llegar la primavera sale de su escondrijo y limpia la atmósfera de insectos nocturnos.

—Recuerdo que cuando niño, interrumpió otro; derribábamos los murciélagos á golpes de caña, y cuando caian aturdidos al suelo, entonces los ibamos á clavar en una puerta ó venta-

(1) Obrita interesante que publicó D. Vicente Plantada y Fonolleda — Barcelona 1880.

na para quemarles la cabeza y hacerles chillar de lo lindo.

—Esto es propio de bárbaros, Mateo, lo mismo que el cegar los pajarillos para que canten. Los que á tales acciones se abandonan; los que tan inhumanamente martirizan á seres débiles é indefensos, aun que se trate de animales, merecen ejemplar castigo.

Pero volviendo á los pájaros, continué; ahí teneis el *aguzanieves* que en algunas mañanitas aparece en el campo, siguiendo el curso que abre el arado, para aprovecharse de los gusanos que salen de la tierra recientemente removida. ¿Y que os diré de la tierna golondrina, llamada el ave de *Nuestro Señor*, la que nunca se atreve á tocar ninguna planta, para zamparse al vuelo miriadas de mosquitos, abejarrones y otros insectos? Hay un proverbio que dice: «El que matá una golondrina mata á su madre.»

Pues y la *abubilla*? Ese pájaro es el enemigo mortal del grillo-talpa que causa tanto destrozo á las plantas, sobre todo á la tuberculosas. La abubilla no le da cuartel á ese insecto voraz.

Dejaré de hablaros del *ruiseñor*, de la *codorniz* del *mirlo* y del *zorzal*, lo mismo que de los *gilgueros*, *verderones*, *pardillos* y toda esa multitud de pájaros cantores que forman la delicia de los campos y que sin ellos no coméramos

pan, verduras, legumbres y frutas; pues casi todos los pájaros destruyen más ó menos los pequeños animales enemigos del cultivador.

Amad á los pájaros porque beneficia los campos y hacen agradable la agricultura. Peor es matar los pájaros que robar los frutos, (abstracción hecha del delito del robo); pues el pajarillo que se considera más nocivo por el grano que devora durante la cosecha, extermina millares de roedores de este mismo grano durante todos los demás meses del año.



Una carta interesante.

Como llovida del cielo ha recibido uno de mis hijos la siguiente carta que he leído íntegra á todos los que concurren por las noches en la granja.

»Mi buen amigo: Voy á tener el gusto de participarte una feliz idea que nos ha sugerido nuestro estimado maestro, y que hemos puesto en obra inmediatamente. Acabamos de constituir en la misma escuela una sociedad protectora de los animales domésticos y de los pájaros útiles á la agricultura.

»Todos los alumnos mayores forman parte de esta sociedad. Hemos nombrado una junta directiva la cual ha elegido un Presidente y un Secretario: yo tengo el honor de desempeñar este último cargo. Cada miembro de la sociedad contribuyen al sostenimiento de la misma con la cuota mensual de 25 céntimos de peseta.

»Poseemos un Reglamento que contiene doce artículos, teniendo obligación de reunirnos

cada quince días y evitar, cada uno por sí y todos juntos, que se maltrate á los pajarillos que se hallan bajo nuestra protección.

»Nuestra sociedad va produciendo felices resultados. Para evitar que los carreteros apaleen brutalmente á las pobres bestias de carga, y los niños crueles y despiadados destruyan los nidos de pajarillos y cieguen de un modo bárbaro á estos animalitos para los efectos de la caza, en nuestras reuniones se da cuenta de los casos de esta ó semejante naturaleza que cada uno ha observado; y la sociedad, sin hacer constar ningun nombre particular, se encarga de denunciar el hecho al Sr. Alcalde, cuya autoridad nos protege de una manera decidida, lo mismo que todas las personas más notables de la población, quienes nos suministran los recursos que nos faltan.

»Cada día recogemos nuevas adhesiones, de manera que nuestra asociación se halla en vías de prosperidad. Si, como yo espero, te haces cargo de las ventajas y beneficios que reporta esa idea, desearía que te interesases con tus hermanos para ponerla en ejecución, organizando una sociedad semejante entre los campesinos de esa comarca.

Recibe un abrazo de tu afmo. amigo.

Carlos.

XII

Los verdugos de las bestias.

Pues no faltaba más que mis hijos no se declarasen protectores de los animales domésticos! Mañana mismo le escribirá Francisco á su amigo, diciéndole que cuente con todos nosotros, y para contribuir con todas nuestras fuerzas á tan laudable pensamiento, invitaremos también á nuestros convecinos.

Puede que al principio no se den por entendidos: puede que hasta algunos se rían de nosotros; pero yo sabré estimularles apelando á sus sentimientos, y cuando no á su vanidad. Sus nombres saldrán escritos con letras de molde en la «Gaceta Rural».

Les daré á comprender que si el hombre tiene á su servicio los animales domésticos, es para sacar de ellos toda la utilidad posible; de ninguna manera para maltratarlos bárbaramente, pretendiendo corregir vicios pro-

pios de su naturaleza, ó faltas originadas por la desidia del hombre.

Ah! cuando un carretero apalea á un pobre mulo que á duras penas puede sostener la carga cuando el miserable gañán con la vara enarbolada fustiga sin cesar á la pobre caballería á fin de que convierta en alas sus piernas para recobrar un tiempo perdido; ¿quién merece aquí ser apaleado y fustigado? ¿el hombre ó la bestia?

Por otra parte; ¿no habeis observado que los hombres desahogan siempre su furor sobre los seres más débiles é indefensos? Decidle á ese carretero ó á ese gañán que apalee de igual manera al lobo ó al perro de presa, y vereis como no se atreve. Y aún tratándose de ese mismo mulo, de suyo pacífico y tranquilo; si empieza á enfurecerse y relincha, y cocea, y trata de acometer al bárbaro del hombre, le vereis á éste palidecer de miedo y huir cobardemente. En la impunidad sólo es valiente y osado; pero ante la ira del contrario tiembla como un niño.

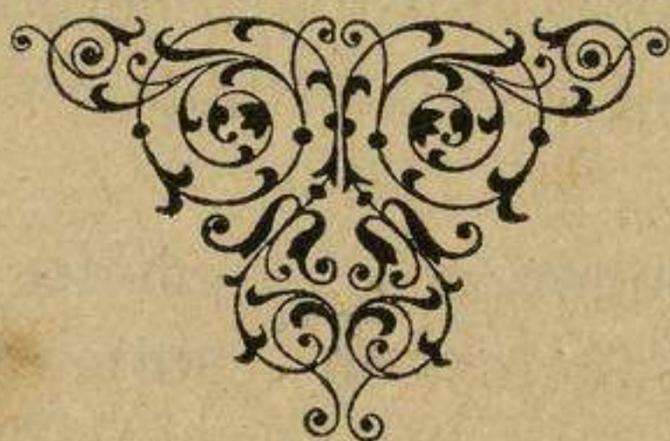
Si muchos animales estuviesen dotados del don de la palabra, en mas de una ocasión, al ser brutalmente apaleados, se volverían al hombre y le apostrofarían con las palabras de aquella burra histórica: «¿por qué me hieres?»

Es necesario que muchos hombres comprendan que al castigar con dureza á un pobre ani-

mal, castigan su misma propiedad y consumen su propia riqueza.

El hombre ha de vivir siempre en constante simpatía con los animales domésticos y con las plantas, dejando cumplir á todos los seres el fin de la Creación.

Rechazar la brutalidad y la barbarie, es una condición del progreso humano, lo que no se conseguirá si no se aprende á respetar la vida bajo todas las formas, cuando no sea en contra de nuestra existencia.



XIII

Donde empiezan los beneficios

Bien dijo un pensador agrícola: «Una granja sin ganado es como una lámpara sin aceite.» Pero no es fácil poder asegurar cual es el animal que reporta más utilidades al agricultor.

El buey y la vaca, el carnero y la oveja, el caballo, el mulo y el asno, el cerdo y hasta las gallinas, de todos saca el hombre abundantes beneficios.

En primer lugar, si los animales de la granja consumen productos, en cambio restituyen á á la tierra, por medio de sus estiércoles, los elementos que la tierra ha suministrado á las plantas. Y es sabido que el estiercol es para los campos el principio vital, la sustancia orgánica por excelencia que los dota de las propiedades generativas.

En la tierra los estiércoles se descomponen, y sus elementos nutritivos son absorbidos por las plantas, convirtiéndose en granos, le-

gumbres y frutos, lo mismo que en vino y aceite, al formar la aceituna y la uva.

En la naturaleza nada se pierde: lo que no entra á formar parte de la tierra, de las plantas y de los animales, penetra en el gran laboratorio de la atmósfera, circula en toda su extensión y es aspirado convenientemente por todos los seres vivientes que se asimilan las sustancias que les son favorables.

Nace y se desarrolla un árbol, eleva su tronco y sus ramas, y ostenta pomposamente sus hojas y sus frutos. ¿De donde ha salido todo aquello?

Algunos años antes solo existía una humilde semilla, y aquella semilla contenía un germen, y aquel germen, tan luego como recibió la influencia del calor y de la humedad, se despertó á la vida; creció, asimilándose las materias nutritivas de la tierra; buscó la luz, absorvió las sustancias de la atmósfera y se transformó en maderas, hojas y fruto que á su vez se convierte en carne, huesos, sangre y demás materias del hombre y de los animales.

Si se devolviese á los campos todo lo que consumimos y consumen los animales en calidad de alimento, los campos nada perderían, y se aumentarían las cosechas, á medida que se aumentasen los estiércoles.

Ya lo sabeis, pues; el medio más seguro de ganar mucho es el de abonar mucho. Con poco abono la cosecha será escasa y el trabajo del cultivador casi improductivo.

Los cultivos empobrecen y esquilman unos más que otros los terrenos; los estiércoles restablecen el equilibrio entre la planta que agota y el animal que restituye.

Considerad, pues, la renta que produce el ganado, solamente con el estiércol que puede proporcionar á los campos.

De todo lo cual puede deducirse la siguiente máxima: Quien cuida del rebaño acrecienta su heredad.



XIV

El cerdo es una riqueza.

No lo dudeis: los animales en la granja están rindiendo constantemente beneficios á los campos con sus estiércoles, ora los desparramen por el suelo, ora los depositen en cuadras, chiqueros, gallineros y palomares.

Todo lo aprovecha el cultivador: desde la boñiga de sus yuntas hasta los escrementos de las aves del corral, y que más? Viviendo uno sobre el terreno que cultiva, la ceniza del cigarro, hasta su misma saliva sirve de abono á los campos.

¿Y cuando el cultivador sea pobre y carezca de ganado? se objetará sin duda. Pero señor, ¿quién no posee un pequeño hato limitado á las condiciones del cultivo?

Si esto no, ahí teneis el cerdo, cuyo animal puede mantenerse en cualquier parte.

El cerdo es uno de los animales más lucrativo. ¡Cómo que abastece á muchas familias durante casi todo el año con los productos que

de sus sustancias se elaboran!

Por otra parte, es el cerdo un animal que todo se lo come y todo se lo bebe. Yo les he visto alimentarse de bellotas. como de higos, en los lugares donde esos frutos abundan. Hasta con los restos de nuestros manjares se ceba, con la particularidad que dijere perfectamente lo que come, y come, según está visto, todo lo que puede servir de alimento.

Además, el cerdo puede clasificarse entre lo mamíferos más fecundos; la hembra tiene dos lechigadas cada año; pare á los catorce meses y da de siete á catorce lechones cada vez que pare.

Se encuentra el cerdo en el estado doméstico desde remotísimos tiempos, pues los libros más antiguos del oriente lo mencionan ya como uno de los animales más útiles. Verdad que es una bestia muy sucia, razón de más para limpiarlo con frecuencia y limpiar su pocilga todos los dias. No consintais que se agite en una estrecha zahurda. Tened en cuenta que el cerdo necesita como nosotros una casita cómoda y limpia. Dádsela en recompensa de los muchos servicios que dicho animal reporta.

El buey y la vaca.

Tan útiles como el cerdo son el buey y la vaca. En el invierno se alimentan de heno y de todas las yerbas y raíces forrajeras. Dejadlos pasar las noches de estío donde haya pastos y vereis como engordan, y cuan abundante leche la vaca irá ofreciendo.

¡Los beneficios que proporciona una vaca lechera! Bien se venda la leche en el mercado; bien se destine á la fabricación del queso y la manteca ó se de desnatada á los cerdos, siempre rendirá este producto grandes utilidades.

Eso si; la vaca embarazada reclama buen alimento, trabajo moderado, abrigo en invierno y fresca sombra en verano. En esta parte ha de merecer todos los cuidados del labrador.

El buey destinado á los trabajos del campo no debe ser ni muy gordo ni muy flaco: lo primero porque se cansaría facilmente, y lo segun-

do porque careceria de fuerzas para resistir las duras fatigas.

Es menester que el labrador se convenza de que para sacar partido de todos los animales domésticos debe tratarlos con esmero y hasta con solicitud. La creencia vulgar de que el buey y la vaca no necesitan tanto aseo como el caballo y la yegua, es un error; pues la limpieza es altamente necesaria á todos los animales.

¿Veis aquel escremento que se les pega al buey y á la vaca cuando se acuestan? Pues hay que quitárselo, porque esa capa de basura imposibilita la transpiración y puede dar origen á varias enfermedades.

El ganado requiere, además, aire suficiente en el establo; un aire puro y saludable como el del campo; un aire renovado, que es el que reclaman los órganos respiratorios de las bestias, lo propio que las personas.

Colocad muchos bueyes en un establo reducido, y como permanezcan siete ú ocho horas cada noche oprimidos de aquella manera, vereis cuan pronto se debilitan y enferman, si no perecen asfixiados.

Para obtener buenas crias del ganado vacuno, lo mismo que de cualquier otra especie, se ha de tener en cuenta el régimen y la casta.

La casta y el régimen son los elementos de un éxito seguro.



El carnero y la oveja

Hay comarcas donde crece la yerba en abundancia; allí han de pacer los bueyes y las vacas; pero donde se observe esterilidad y escasez, soltad los carneros y las ovejas. Donde los primeros animales no puedan comer, los segundos encontrarán con qué alimentarse todavía.

El carnero y la oveja reportan sendas utilidades al cultivador, precisamente porque cuestan muy poco de mantener, pues en un suelo desnudo casi viven.

Un autor llama á la oveja la providencia de los países pobres, porque á costa de una sencilla alimentación rinde no pocos beneficios.

En las épocas de grande escasez de pastos, yo he visto á los bueyes enflaquecidos y extenuados, y en cambio esas crisis alimenticias apenas alcanzaban á los carneros y á las ovejas. En invierno les basta un poco de heno, y en cual-

quier parte, en los eriales, en los matorrales, en las tierras sin cosecha, en los lugares más incultos encuentran alimento.

Con su ganadito lanar los cultivadores pobres tendrán leche y carne frescas, lana en abundancia, y animales dotados de una condición mansa y de asombrosa vitalidad.

Todo el mundo sabe que el enemigo de estos animales es el lobo, y el guardián fiel es el mastín; pero el factor principal, el que más y mejor influye en la buena ó mala suerte del ganado lanar es el pastor.

Este hombre se halla casi siempre lejos de la vigilancia del colono; por esto es preciso que sea de un natural honrado, activo, previsor, paciente y suave. No hay lugar á duda: el pastor hace el ganado.

En materia de beneficios, yo he querido romper con los antiguos métodos: he procurado que mi ganado lanar fuese más productor de la carne que de la lana. Esto no es decir que prescindiera de este último producto; pues procuro obtener regulares lanas al mismo tiempo que un aumento de carnes para el consumo, el cual se hace cada día más extenso.

Conviene que se sepa: á mayor cantidad de

lana corresponde menor cantidad de carne; y si el animal se destina mayormente á la formación de este último producto, es indispensable que el otro disminuya. Y no hay que darle vueltas; el problema de los beneficios agrícolas se resuelve aumentando la producción de la carne, que es lo que constituye un buen régimen alimenticio.



XI

El ganado de labor

En la crianza de los animales de labor ha de emplearse mucho celo, suavidad y paciencia. Y como no, si es preciso tener animales educados que docilmente se sometan á las rudas tareas del campo?

Si desde jóvenes se domestican los caballos y las yeguas acostumbrando dichos animales á ser manoseados y limpiados con frecuencia, adquirirán docilidad y se dejarán herrar, uncir y montar facilmente.

No conviene fatigarlos demasiado, porque de lo contrario se agotan sus fuerzas y se hacen inservibles al poco tiempo. Las colleras y toda clase de aparejo deben ser limpios y cómodos, y el forraje nada escaso, sobretodo en la época de las labores.

En cuanto á las parejas, cúidese de igualar la fuerza y la altura de cada bestia, á fin de que ambas contribuyan por igual al sostenimiento del trabajo; teniendo siempre presente que sin

ganado robusto no hay labor profunda, y en ese caso se malogran las cosechas.

Cuando empezare á decaer el caballo, vencido por las enfermedades ó por los años, se lo ha de dejar en paz y cuidar de su noble vejez; pero ¡ay! la codicia del hombre lo conduce entonces al bárbaro redondel tauromáquico. ¡Así se pagan sus servicios!

Los que se dedican á la cria de caballos ponen todo su cuidado en el que eligen por cabeza y padre de la yeguada. Para él cortan las primeras yerbas. le dan puras aguas y cebada abundante, á fin de evitar que se reproduzca, en una prole desmedrada y lánguida, la debilidad del padre.

Concluido el cuidado de los padres, empieza el de las madres. Cuando están ya muy adelantadas, no hay que uncirlas á los pesados carros, ni consentir que retocen, ni que emprendan carrera alguna; antes conviene que pazcan solitarias en los prados y, si es posible, en las márgenes de corrientes aguas.

Ahora bien; ¿cuáles son los animales más útiles para una buena labor? La contestación no puede ser más sencilla: todos los animales son útiles, segun los terrenos.

El caballo es fogoso y ágil, como todo el mundo sabe: á veces desvía las yuntas de tiro; pero manejándole con tiento, lo mismo que la yegua, puede servir de mucho en los terrenos ligeros. La mula es más docil que el caballo para la carga, más sobria en su alimentación y á veces más resistente para el tiro.

La cuestión de si es más útil el buey que el caballo y la mula, está sin resolver todavía; pues mientras unos labradores se muestran apasionados del primero, otros están por la última; pero ello es lo cierto que en países montañosos y en tierras fuertes y duras el buey es preferible á cualquier otro animal. A la vaca no puede exigírsele la tarea del buey.

¿Y el asno infeliz? Oh! este es el mejor auxiliar para el labrador pobre. Paciente, aunque á veces testarudo; sobrio y sufrido casi siempre, es utilísimo tratándose de tierras flojas y de segundas labores.

No olvide el labrador que los animales que han de emparejarse en el arado conviene que vivan juntos en el establo; que juntos sean conducidos á los pastos, y que en amor y compañía se les vea juntos en todas partes.

XVIII

A cenar tocan

Vamos á cenar que la sopa humea y está diciendo comedme.

Al oír esta voz que partía de la cocina todos nos sentamos á la mesa. ¡Y como descansa uno y come satisfecho cuando ha empleado el día trabajando como Dios manda!

El reposo absoluto es la muerte, y el agua cuando está parada se corrompe, porque la pereza daña todas las cosas.

—Padre, ¿no podríamos vivir sin trabajar? díjome el menor de mis hijos al terminar la cena, cuyas palabras escitaron la risa de sus hermanos.

Seguramente, le contesté yo; con tal que no faltará quien trabajase por nosotros. Pero escucha, ¿á que viene esa pregunta?

—Por nada, repuso el muchacho; porque hay muchos hombres que no trabajan.

—Y quienes son esos?

—Toma, los ricos.

—Que sabes tú? ¿Será porque no les ves cavar la tierra, labrar la piedra, batir el hierro ó construir artefactos? No, hijo; el trabajo no es solamente manual, y con la inteligencia, con la palabra, hasta con la vista también se trabaja. Y esos ricos que tu dices, aunque no cuiden de producir cosa alguna, trabajarán en el cuidado de sus propiedades ó en la administración de sus intereses; sinó, peor para ellos.

El no hacer nada es una pena. Figúrate que te dicen á tí: te prohibimos todo trabajo. No puedes empuñar el arado ni instrumento alguno de cultivo; no puedes ocuparte, en fin, en ninguna cosa de provecho. Come, bebe, duerme, paséate, diviértete; pero cuenta con no trabajar. ¿Crees tú que una vida tan ociosa no llegaría á cansarte y aburrirte soberanamente?

—Verdad que yo....

—Creedme, hijos míos; sin el trabajo el hombre sería el mas miserable de los seres; pues todo lo que somos, todó lo que valemos, todo lo que disfrutamos se debe al trabajo, el cual ha venido transfigurando la faz de la tierra.

—Pero es que hay muchos hombres que no

trabajan tanto como nosotros y disfrutan de mejor suerte, insistió el rapaz.

—¡Hola! exclamé asombrado al observar que en mi casa se dibujaban algunos síntomas de socialismo. Escucha: otros, que no tú, tienen más motivo para quejarse de su suerte; pero todo tiene su compensación en el mundo, y si no, Dios sobretodo. No sabemos como andará la conciencia de esos hombres que buscan siempre el goce sin que jamás trabajen; que íntimas alegrías retozarán en su alma; que grados de robutez y salud alcanzará su cuerpo. Cuando uno trabaja con fé y ánimo de mejorar su condición; cuando procura hacerlo todo hoy mejor que ayer y mañana mejor que hoy; cuando se halla penetrado de que el trabajo es virtud y la holganza es vicio, este mismo trabajo, lejos de ser considerado como un castigo, es una bendición....



No huyais de los campos

—Será lo que tú quieras el trabajo, amigo o Pedro, dijo á este tiempo entrando uno de mis vecinos; pero yo no quiero que mi hijo sea toda su vida un destripaterrones.

—Pues que intentas hacerle? dije yo algo amostazado, al ver que aquel hombre venía en mal hora á añadir combustible á la hoguera que había empezado á arder en mi casa.

—Será abogado, ó médico, ó lo que quiera.

—Esto es muy bueno si tus medios lo alcanzan y el chico lo merece; pero advierte que esos á quien llamas destripaterrones, como eres tú y somos todos, constituyen los grandes abastecedores del género humano.

—Esas no son más que palabras, añadió mi vecino. Yo no quiero condenar á mi hijo á un trabajo áspero y rudo, á las intemperies, á una vida llena de privaciones, en fin, á ser un negro de la casta blanca, por una mezquina recompensa.

Confieso que estas razones de mi vecino me habian puesto en calzas prietas; pero yo no podía consentir que prevaleciesen en mi casa ni en el ánimo de mi antagonista.

—Mira, Julián, le dije; yo deseo para mis hijos toda suerte de bienestar como tu puedes suponer y ellos no dudan, y precisamente no les he inducido á que sean médicos ni abogados, porque antes de serlo—entiéndelo bien—tienen que exponerse en la ciudad á peligrosos azares y á serios contratiempos, fuera de las eventualidades del porvenir; mientras que aplicada la inteligencia al trabajo de los campos, no robándole brazos ni energías á la agricultura....

—¡Los campos! ¡La agricultura! exclamó Julián; no me hables de ello, porque se me exalta la bilis.

—Pero, estás loco? continué. El trabajo de los campos, practicado con inteligencia y esfuerzo, producirá la mejora del cultivo y éste el aumento de salarios. En las ciudades, con un crecido jornal, los obreros son más pobres que nosotros, y quizás menos felices. No lo dudes, Julián: *en esta apartada vida* estamos exentos de muchos cuidados y de muchas miserias que afligen á los habitantes de las ciudades. El labrador que vi-

ve sobre el terreno que cultiva; el pobre labriego que mora en el campo en destartalada casucha ó en mísera aldehuela, pasan mejor su vida que ese gran número de obreros que viven encerrados buena parte del tiempo en fábricas y talleres, rebelándose contra el orden social, porque se consideran víctimas de la explotación de los fabricantes (1). De abogados y doctores sobran en todas partes, y muchos de ellos tienen que apelar á un destínillo de mala muerte para salir de apuros, con un título académico en el bolsillo que podría considerarse como su credencial de infortunio; mientras aquí, en las tierras de labor, que á nadie rechazan, tiene uno veneros de riqueza, si sabe conocerlos y explotarlos. Aquí tiene uno horizonte propio en que el alma se explaya y se identifica más con la familia, en la que propaga puras y religiosas costumbres. Aquí, colocado uno en el centro de la heredad, *ni envidiado ni envidioso*, abarca con una sola mirada cuanto se halla á su servicio, y todo lo cuida con solicitud, y todo lo ama con legítimo interés, y todo lo dirige con sencilla independencia, porque cada uno de nosotros es verdadero señor en sus estados y absoluto legislador en sus dominios....

(1) Téngase presente la época en que se escribe.

Sistema desastroso

—Buenas noches, exclamó entrando otro convencino. ¿Quién habla aquí de señor absoluto? Bien se conoce, Pedro, que tú no trabajas por cuenta ajena.

Esta flor le faltaba al ramo, hube de exclamar á mi vez. ¿Os habeis propuesto esta noche desesperarme, renegando de vuestro origen y maldiciendo vuestro destino?

—Es claro, para tí todo son tortas y pan pintado, y ello consiste en que eres propietario, Pedro.

—Y anhelo que mis hijos lo sean, y cultivadores por añadidura. Porque, vamos, decidme; ¿en donde hay más estabilidad y firmeza que en los campos? ¿En donde se goza salud más entera, reposo más inalterable y satisfacción más legítima?

—No hay duda, dijo mi interlocutor; en teniendo dinero ó finca propia....

—¿Y acaso no puede tener finca propia, repliqué, cualquier colono ó arrendatario? Conozco yo á muchos que de padres á hijos desde tiempo inmemorial la gozan y cuentan con la seguridad de su permanencia, porque se afanan en mejorar el cultivo en provecho suyo y del propietario.

—Conozco yo á otros, en cambio, repuso mi vecino, que mediante ciertos artificios y complacencias, cuando no serviles manifestaciones, mantienen en disposición favorable á los hacendados, y aparentando un falso celo, no hacen otra cosa que trabajar en provecho propio; bien que el propietario se resiste á gastar una sola peseta en beneficio del terreno.

—Unos y otros obran mal, muy mal, en perjuicio del cultivo y en daño á la prosperidad pública. El cultivador, sea colono ó aparcerero, debe ser honrado, laborioso y digno, haciendo del trabajo un título sagrado de independencia. Debe mejorar el cultivo con ó sin el propietario.

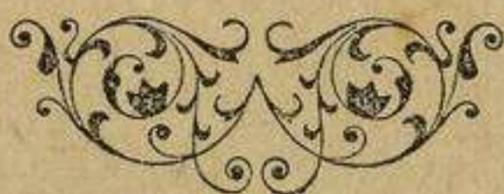
—Si, dijo uno, rebiéntate en introducir mejoras en la finca. para que otro te suplante y se aproveche de tus esfuerzos.

—Por supuesto, añadí, y de esa manera, pen-

sando todos lo mismo, con un «ahí queda eso» se abandona la finca y se sale del paso. Pues en otros países, lejos de seguirse ese desastroso sistema, el cultivador ve en las mejoras que practica el lazo indisoluble que le une á la heredad y le hace condueño de ella, evitando de esa manera el desahucio.

—Pero si el propietario lo intenta....

—Caería abrumado bajo el peso de la execración general, y el cultivador se salvaría, porque su buen nombre le abriría todas las puertas; y al hacerse cargo de una nueva heredad, como que la encontraría mejorada, no echaría tan de menos la que fué objeto de sus afanes.



Un rato de lectura

Después de haber hablado una media hora sobre las más interesantes noticias de los periódicos del día, que de intento yo les comunico á mis contertulianos, éstos se despidieron, algunos convencidos, y otros más ó menos contrariados, como casi siempre sucede.

Antes de acostarnos rogué á Francisco, el mayor de mis hijos, que diera lectura de algunas páginas de un libro titulado «Preceptos de Caridad» He aquí algunos de sus pensamientos.

«El amor al próximo es el amor á Dios en la más bella de sus obras.

«Jesucristo es la manifestación más perfecta del espíritu de Dios por su amor á la humanidad.

«Para amar á los demás hombres, es preciso que los consideremos, como nosotros, hijos de Dios.

«No debemos odiar siquiera á nuestros enemigos; antes bien procuraremos ganarnos su voluntad por medio de una conducta humana y digna.

«Debemos respetar los sentimientos de los demás hombres, procurándoles alegría y bienestar y evitándoles penas y zozobras.

«Debemos perdonarles sus ofensas y olvidos, concediéndoles los mismos derechos de libertad y franqueza que para nosotros mismos deseamos.

«Debemos procurar vivir siempre en buena armonía con ellos, en cuanto nos lo permita su cultura y confianza.»

Hasta aquí la lectura; después las oportunas reflexiones.

Se le antojará á alguno creer que mi casa es un convento, y que mis hijos afectan la gravedad de monjes. Nada de esto: no quiero plantar cañas donde pueda cultivar rosas.

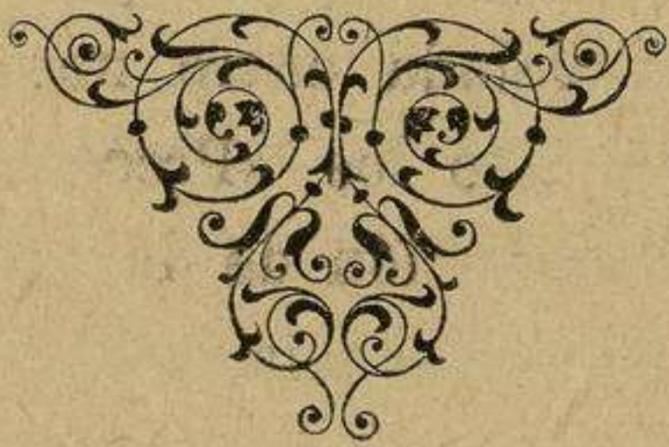
De amenidades está sembrada la juventud, y no he de asolarlas con un árido sistema represivo, sinó mantener los impulsos juveniles en sus honestos límites.

Tañen mis hijos la guitarra y echan cada copla capaz de hacer bailar á un hipocondríaco.

En las tardes de los días festivos se reúnen á veces en otras casas de campo, donde se baila el fandango, que es un gusto.

En otras ocasiones toman su escopeta, y seguidos de una jauría de perros, á veces solos ó con otros amigos, se encaminan al monte para disfrutar los placeres de la caza.

Esto no impide amar á Dios y cumplir los preceptos de cristiano.



La educación en familia

En el seno de la familia, mejor que en la escuela, se pueden formar los caracteres y cultivar el espíritu. Todo arranca de allí: sentimientos, hábitos, costumbres, la alegría del vivir.

La noche se presentaba lluviosa, y como este incidente pudiera impedir que ninguno viniese á pasar la velada entre nosotros, Francisco continuó leyendo los «Preceptos de Caridad» Voy á hacer mención de los conceptos que se refieren á la Tolerancia y á la Beneficencia.

«Es justo que permitamos á los demás lo que quisiéramos para nosotros mismos.

«Consideremos las acciones de nuestros semejantes con un espíritu libre y un corazón desinteresado.

«Indaguemos lo que hay de bueno en la vida de los pueblos, y no sirvamos jamás de obstá-

culo á su mejoramiento, aunque las mejoras afecten nuestros intereses.

«Trabajemos en el círculo de la familia, de la amistad, del pueblo y de la pátria, únicamente para el bien.

«Respetemos todo lo bueno y combatamos todo lo malo, sin distinción de sectas ni de partidos; pero considerando siempre á los demás con iguales derechos.

«Cuando los demás no participen de nuestras opiniones, procuremos convencerles con el calor y energia de nuestros sentimientos; pero no pretendamos que forzosamente prevalezca nuestro modo de sentir, que puede ser erróneo.

«El hombre que desea que se respeten sus opiniones, empiece por respetar las ajenas.

«La beneficencia consiste en hacer todo el bien posible á los demás, sin miras interesadas.

«La forma más común de la beneficencia es la limosna, la cual debe hacerse con caridad.

«La limosna ostensible no tiene mérito alguno: es preciso que se haga ocultamente para

evitar la vanagloria del que dá y la humillación del que recibe.

«*Que tu mano izquierda no sepa lo que ha dado tu derecha*, dice el Evangelio, para significar que todo bien se ha de practicar sin que nadie lo sepa.

«Precisamente los pobres que no mendigan son los más dignos de ser favorecidos.

«Cuando dés una peseta á un mendigo, observa si la gasta para comprar un pan ó para satisfacer un vicio.

«También se practica la beneficencia con actos morales como consejos, exhortaciones, intervenciones, influencias, consuelos, enseñanzas, etc.

«Procuremos vivir siempre agradecidos á nuestros bienhechores; pero tengamos en cuenta que un beneficio que se pregona, pierde más de la mitad de su valor.



Donde el círculo de la educación
se ensancha.

Al llegar á este punto, y contra lo que yo esperaba, se presentaron varios de mis vecinos, después de haberse serenado la atmósfera; y como Francisco interrumpiese la lectura, aquellos manifestaron deseos de que continuase. Se trataba de la Amistad y del Amor.

«La buena amistad ha de ser desinteresada.

«Cuando la amistad busca solo el favor, el interés ó el cálculo, entónces se convierte en egoismo.

«Los ricos y poderosos suelen tener pocos amigos; pero en cambio pueden contar con muchos siervos y adúladores.

«Entre buenos amigos las penas y las alegrías deben ser comunes.

«La buena amistad siempre se une para el bien: dos malvados nunca pueden ser amigos.

«Hemos de adivinar y prevenir los deseos y las necesidades de nuestros amigos, evitando siempre lo que pueda ofender su delicadeza.

«No podemos considerar como verdaderos amigos aquellos que se muestran complacientes con nuestras debilidades y con nuestros vicios.

«La amistad exige constancia, sinceridad y sacrificio: el egoísmo está reñido con la amistad.

Veamos ahora en que consiste el Amor.

«El amor es el principal bien de la vida; el que ama es bueno ó procura serlo.

«El amor de una madre es el más puro de los amores. Los padres aman á sus hijos en la desgracia, en la fealdad y hasta en el crimen.

«Hay un amor que nace de la compasión; tal es el sentimiento que nos inspiran los seres débiles ó desgraciados.

«Los pobres y los desvalidos son hijos de Dios como las demás criaturas, y no hemos de consentir que padezcan sin prestarles auxilio.

«El amor es un sentimiento muy distinto de la pasión, puesto que el primero es generoso, y la segunda egoísta.

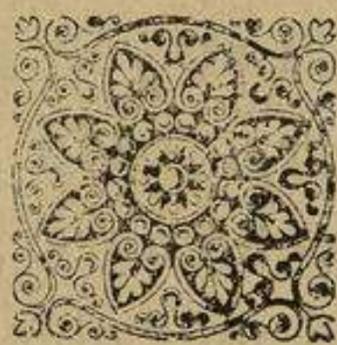
«El hombre que ama verdaderamente á una

mujer no intenta deshonrarla, aunque la deshonra puede ser producida por una perturbación del amor.

«El sufrimiento por la persona que amamos depura el alma de todas las escorias.

«No infrinjamós jamás el mandamiento del amor, que es el que ha de salvarnos.

La mejor definición que se ha dado del infierno se encierra en el siguiente pensamiento, que es de una santa: *El infierno es un lugar donde no se ama.*



Esto matará aquello

¿Qué tal os ha parecido la lectura? dijo mi esposa dirigiéndose á los vecinos.

—Estos pensamientos, contestó uno, debieran estar en la memoria de todo el mundo.

—En la memoria y en el corazón, añadió otro.

—Pero ya lo veis, amigos míos, les dije á mi vez; estas grandes verdades cuya influencia nos proporcionaría el mayor grado de felicidad posible sobre la tierra, caen al olvido para la mayor parte de los hombres, cuya existencia parece que no tiene más objeto que conseguir dinero á todo trance.

—Si, pero la dificultad estriba en poder dar con este poderoso caballero, y nosotros, pobres labriegos, nunca podemos alcanzarlo.

—Alcánzase el dinero legalmente, repliqué, mediante el esfuerzo del trabajo y del ahorro;

pero, ya se vé; hay que imponerse sacrificios y no todos los hombres son capaces de ello. Solo cuando el dinero se adquiere por medio del trabajo honrado, ó por legítima herencia, es merecida la satisfacción de poseerlo.

—Pero eso no quita que muchos no sean ricos sin trabajar, objetó el malicioso de mi hijo.

—Y lo peor es que muchos lo son, añadió un tercero, á costa del bolsillo ageno, y áun pasan por personas decentes.

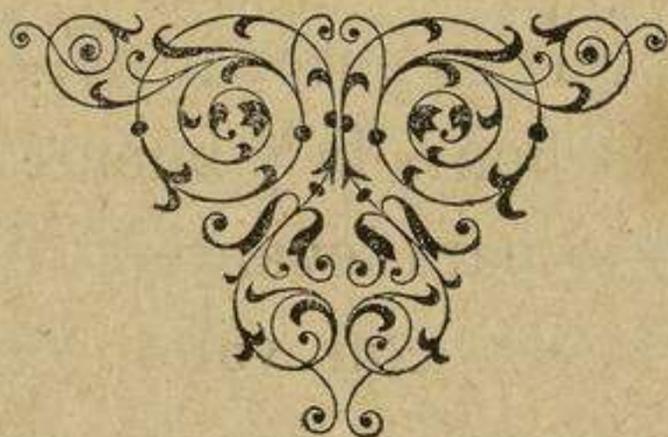
—Y los envidiais vosotros acaso? ¿No preferís vuestra satisfacción de conciencia, vuestro sueño tranquilo, el amor al trabajo y el cariño de vuestros hijos?

—Si, pero al que es pobre lo ahorcan, Pedro.

—Nunca, si es honrado y bueno. Pida el pobre fuerzas á Dios para levantarse de su situación precaria; resista con valor los embates de su desdichada suerte, y no se avergüence de reclamar protección y auxilio, bajo el derecho que le asiste como hombre, con la cabeza levantada, aunque sin altivez; con la mirada serena, aunque sin osadía; con el temple de esas almas esforzadas, temple forjado por la fiereza del deber sobre el yunque del dolor.

¿Sabeis lo que pienso, amigos míos? Que si

existen dos plagas sociales de funestísimo carácter, como son la ignorancia y la miseria, frente á frente ha colocado el progreso humano dos recursos para combatirlas: el trabajo y la instrucción. *Esto matará aquello.*



El capital agrícola

A propósito de dinero, preguntó en la siguiente velada uno de los que habían intervenido en la última cuestión. ¿Cómo ha de encontrar dinero el cultivador, si nadie le fia?

—Desgraciadamente es lo que sucede, dije yo; y el capital que es un elemento tan necesario para toda producción, no lo es menos para el cultivo de los campos; pues el labrador, para sacar partido de las tierras, necesita mejorar sus condiciones, adquirir útiles de labranza, ganado á veces....

—Y sin embargo, ya ves; ese trabajo tan preconizado no es suficiente garantía para el prestamista; y en cambio, el comerciante y el industrial, para una empresa cualquiera, hasta para llevar á cabo un proyecto descabellado y temerario á veces, encuentran quienes les abren sus gavetas. Nadie ignora que muchos culti-

vadores se han visto en la dura necesidad de abandonar sus yuntas y sus aperos, por no poder pagar la contribución.

—Harta verdad es esa para que nadie la desconozca, exclamé. El dinero de los hombres de negocios se desparrama por sendas diversas, pero no se detiene en los campos; y el pobre cultivador, careciendo de recursos propios, tiene que apelar á medios extraordinarios para satisfacer las principales y más perentorias necesidades.

—Como que muchas veces he tenido que recurrir á la usura, dijo uno.

—Maldita sea esa polilla hebráica, como llama á los usureros un escritor de mucho talento. Ellos se aprovechan del infortunio del pobre para medrar á su costa, exigiéndole, por una miserable cantidad, escandalosos réditos.

—Pero que remedio queda?

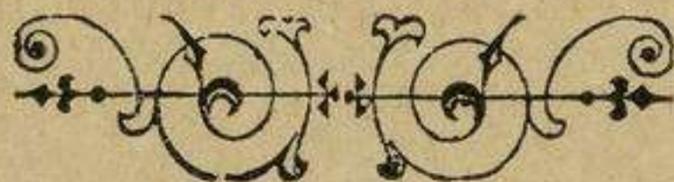
—En tanto que no se establecen bancos agrícolas en todos los distritos rurales, no queda más remedio que exponer al desnudo el estado de la finca al propietario. Harto hace el colono con llevar una vida trabajosa y frugal, bastando un mal año ó la pérdida de una caballería, á veces, para colocarlo en grave apuro. Pero ex-

pongan decididamente su triste situación al dueño de la finca; despierten su interés; tienten hasta su codicia, si es necesario.

—Y cuando el propietario se niegue ó carezca de recursos?

—Entónces puede recurrirse á la asociación. Por este medio se pueden adquirir instrumentos perfeccionados....

—Adios! ya salen á relucir las máquinas!



Poder supremo

Es una triste verdad que la ignorancia hace desconfiado al labrador en todo aquello que desconoce.

Es inútil que una corporación agrícola ó una persona ilustrada le recomiende la adquisición de tal ó cual instrumento de cultivo; él se encogerá de hombros, ó hará asomar á sus labios una sonrisa de incredulidad.

Y no hay que darle vueltas. Mientras la ignorancia y la rutina, como su más fiel aliada, sean patrimonio de los hombres del campo; mientras las escuelas de primera enseñanza, y en particular las escuelas rurales, no extiendan su benéfica influencia en las zonas más apartadas, enseñando conocimientos de inmediata aplicación, que no fárrago indigesto y sin sustancia; mientras no se introduzcan en la morada del labriego libros que despierten su interés para mejorar su situación, vanos serán todos los esfuerzos

para adelantar la agricultura, pues todos los ejemplos, todas las escitaciones, serán letra muerta para el ignorante cultivador.

Yo siempre he creído que la satisfacción del alma y el buen acierto en los negocios, tienen su origen en el trabajo inteligente y honrado. La inteligencia debe presidir á toda labor, y con ambos elementos, el espíritu obrando sobre la materia, todo se transfigura y mejora. De aquí asociado el hombre y la máquina.

Las máquinas bien elegidas y apropiadas al terreno que se quiere explotar, facilitan el trabajo y aumentan la producción, en tanto que eximen al hombre del rudo oficio de ganapán.

Ya sé que existen enemigos sistemáticos de la introducción de las máquinas en todas las industrias, y estos son los que presumen que á medida que aumentan aquellos inventos, disminuye la mano de obra, haciéndose los brazos del trabajador punto menos que innecesarios.

¡Error mil veces! En agricultura, como en las demás industrias, las máquinas han centuplicado la producción y facilitado el consumo, extendiendo después la mano de obra en un sin número de detalles.

Hay cortijos en donde la máquina más sencilla se desconoce. Todas las labores se hacen á brazo limpio y con útiles imperfectos; y por este motivo el trabajo sale mal, y por este mismo motivo el trabajador no saldrá jamás de pobre. La Providencia no dispensa sus dones sinó al que con fé práctica la virtud de un trabajo inteligente. En vano es orar y pedir mercedes, si no hay una fuerza interior que secunde la plegaria.

Pero ¿qué inteligencia necesita el labrador? La que conviene aplicar á la mejora del cultivo.

¿Qué inteligencia presidirá en la adquisición de las máquinas? La que preside siempre en una práctica cualquiera. Marchar siempre de lo fácil á lo difícil, de lo simple á lo compuesto, de lo sencillo á lo complicado; pero en agricultura se ha de tener en cuenta, además, las condiciones del terreno, porque claro está: en una finca reducida no podrán introducirse las máquinas de vapor.

Al principio se adoptarán, pues, los aparatos más sencillos y necesarios, como son el arado, la grada y el rodillo, adquiriéndose los demás á medida que las necesidades del cultivo los reclame, y sea su coste reproductivo.

XXVII

Es necesario conocer las plantas

Preciso es repetirlo muchas veces: el medio más seguro de ganar mucho es el de abonar mucho, pues la tierra no se cansa en corresponder á quien la beneficia.

Todas las plantas se nutren con las sustancias que chupan de la tierra y absorven de la atmósfera. Si no restituimos por uno ú otro medio á la tierra las materias que las plantas le han tomado, el suelo vegetal quedará empobrecido.

Por el contrario, si las plantas consiguen abundante materia alimenticia, crecerán hermosas y lozanas, augurando una excelente cosecha.

Lo mismo sucede con el niño al convertirse paulatinamente en hombre. Para vivir, para crecer, tiene necesidad de consumir pan, carne, verduras y fruto. La alimentación es una nece-

sidad inevitable en todos los seres vivientes.

Las plantas, como los animales, escogen el alimento que les conviene y rehusan el que es contrario á sus aficiones orgánicas.

Los animales digieren las sustancias introducidas en el estómago; las plantas también digieren las aguas, los aceites, las sales y la alúmina que les proviene de la tierra ó les suministramos por medio de los abonos.

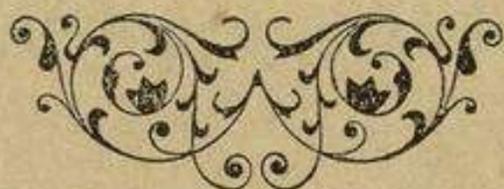
Las sustancias del alimento en el animal se convierten en sangre nutritiva después de haberse trasladado á los pulmones donde experimenta la influencia del aire; de la misma manera la sustancia del alimento del vegetal se transforma en savia nutritiva, después de haber ascendido este jugo hasta las hojas y puesto también en contacto con la atmósfera. Las hojas son los pulmones de la planta.

Las plantas duermen generalmente desde el ocaso á la salida del sol. Algunas, más perezosas, apenas se despiertan al mediodía. Es muy fácil provocar el sueño de una planta: basta regarla con opio disuelto en agua.

Todas las plantas sufren enfermedades. ¿Quién no ha observado el *oidium* de la vid, el moho del trigo y los pequeños tubérculos de la patata?

Existe á veces en la planta detención y aceleramiento febril de la savia, que recuerda lo que ocurre en la sangre del animal en el estado de fiebre. Una planta que pasa bruscamente de un frío intenso á un calor extraordinario, no tarda en enfermar.

La vejez y la muerte son condiciones inevitables de los animales y de las plantas.



XXVIII

Como respiran

Puesto que las hojas son los pulmones de las plantas, claro está que las plantas respiran por medio de sus hojas.

Respirar es absorber gases, que son sustancias ligeras como el aire y casi siempre invisibles.

El aire mismo que nos rodea está compuesto de dos gases mezclados y confundidos, y en estos gases andan disueltas otras sustancias, principalmente el ázoe, y ¡quién lo dijera! también el carbón.

Cuando nosotros respiramos, el aire entra en nuestros pulmones. Una parte de este aire, que es necesaria á la vida, permanece en nosotros; el resto lo arrojamos con nuestro aliento. Las plantas también respiran; pero tomando del aire las materias que nos fueran nocivas.

Observad la hoja; en toda su superficie existen diseminados unos agujeritos llamados poros, por donde absorve el aire, guardando la

parte que le conviene para mezclarse con la savia y exhalando el resto.

La parte que adquiere la planta para sí, es, sobre todo, el ácido carbónico, ó más claro, el carbón.

La savia que sube desde las raíces al tronco y desde el tronco á las ramas, no es todavía savia completa. Para ello es necesario que se ponga en contacto con el aire que absorven las hojas, y entonces es cuando desciende.

¿Cómo desciende la savia? Hace su trayecto por otros tubitos ó vasos diferentes de aquellos por donde ha pasado al subir; pues la savia ascendente sube por el centro del tallo ó tronco, mientras que la descendente baja por entre la corteza y la madera.

El invierno es la época de reposo para las plantas: la falta de calor, ó sea lo que llamamos frío, paraliza la acción de la savia, la cual apenas circula.

En invierno los árboles y la mayor parte de los vegetales sufren el despojo de sus hojas, de manera que su respiración es casi nula. ¡No parece sino que la muerte se cierne á su alrededor! Por esto el invierno es una estación triste para las plantas, lo mismo que para los pájaros.

Analogías admirables

La aspiración de todos los seres de la naturaleza es la luz. Observad un niño en la cuna; apenas puede distinguir los colores, cuando vuelve su cabecita á la luz y extiende sus brazos hácia la claridad. El color negro, que es la ausencia de todos los colores, siempre ha causado pavora.

La sed de luz es incesante en las plantas, sobre todo en las flores. Para que las plantas absorvan del aire las sustancias convenientes, es necesaria la acción de la luz.

En la oscuridad las plantas apenas respiran; exhalan, si, algunos gases; pero su gran trabajo de nutrición apenas se verifica.

Si encerrais una planta en un sótano, se pondrá triste y lánguida; pero si hay una abertura que se comuniqué á un espacio invadido por la luz solar, aquella planta, si es trepadora, irá creciendo con dirección á la abertura, pare

ser bañada por los rayos del sol que tanto anhela.

Las plantas, no sólo son seres vivientes, sino que también son seres sensibles. Todo está graduado en la naturaleza; la sensibilidad decrece por grados desde el hombre á la ortiga de mar, y desde estos animales-plantas hasta los vegetales más rudimentarios.

Claro está que la sensibilidad de la planta es muy distinta de la sensibilidad de los animales superiores, como la de éstos pertenece á un órden distinto de la del sér humano.

Porque es preciso no caer en el sistema contrario que nos conduciría á una especie de misticismo por la naturaleza. No humanicemos las plantas: éstas no son ni animales ni hombres; las separa de nosotros una inmensa distancia; pero lo cierto es que gozan de una vida que no sabemos apreciar debidamente.

Fuera del servicio que nos ofrecen las plantas para nuestro alimento, remedio contra las enfermedades, envoltura para nuestro cuerpo y diferentes usos á que las aplica la industria de los hombres, desempeñan un papel muy importante en las armonías de la Creación.

La tierra vegetal

Una pared se desmorona: sus piedras amon- tonadas se hallan expuestas durante mucho tiempo al aire, á los vientos y á la lluvia.

Por encima de de aquellas piedras pasan re- molinos, borrascas y huracanes.

Aquellas piedras se desgastan; nubes de pol- vo y de tierra les van cayendo por encima; las hendiduras se cubren y he ahí que sale de ellas el musgo ó moho que chupa la humedad de la piedra como una esponja.

Aquel musgo crece formando pequeñas plan- tas, y de esta manera se forma en las junturas de aquellas piedras una *tierra vegetal* capaz de nutrir una planta más fuerte y más complicada que el simple musgo.

El suelo laborable de nuestros campos está formado por una capa de tierra de más ó menos

espesor, compuesta de arena mezclada con cal y arcilla.

A vuelta de estas sustancias inorgánicas, están confundidas las orgánicas, restos ó despojos de animales y vegetales; pues todos cuantos animales y plantas han existido desde el principio de los tiempos, la fauna y flora primitivas, todo ha sacado de la tierra vegetal la materia de que se componían, y al morir han devuelto lo que á manera de préstamo habían recibido. A todos estos despojos se les da en agricultura el nombre de *mantillo*.

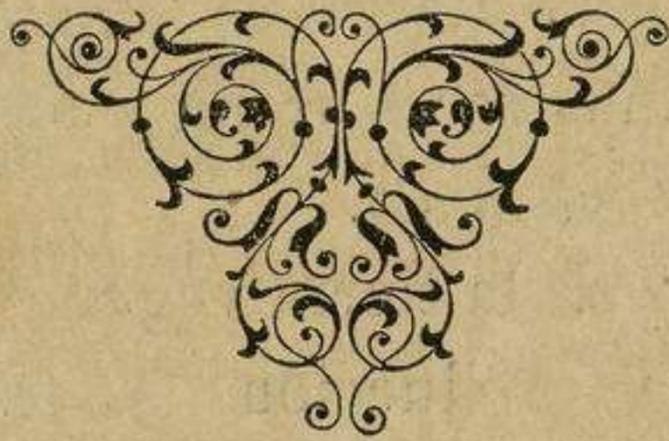
Debajo de esta tierra se encuentra la roca estéril y algunas veces arena y arcilla, todo lo cual forma el *sub-suelo*.

Ya se sabe que la tierra vegetal es el primer instrumento de producción. Ahora bien, ¿cómo se ha formado esa tierra?

El aire, ó los vientos; la humedad, la lluvia y las corrientes de agua, desde el transcurso de los siglos, han ido desgastando las rocas, de las que se desprenden siempre partículas que, reducidas á polvo, han formado la tierra, como ha sucedido con la pared desmoronada. En todo ello ha jugado el mantillo.

Cada uno de los elementos, arcilla, arena y

cal, por si sólo carece de condiciones para la vegetación; las propiedades de cada uno son diferentes; pero asociados convenientemente, forman las varias tierras de cultivo que bajo diferentes caracteres existen ó pueden existir en una localidad.



La buena tierra

Conocida la tierra vegetal, se ha de conocer la buena tierra. La arcilla por si sola no produce; la arena tampoco; menos la cal. Si el suelo es demasiado arcilloso, ofrece resistencia á los instrumentos de labor, y las raíces de las plantas no pueden abrirse paso. Si es demasiado arenisco, estas mismas plantas no tendrán seguridad, porque carecerán de consistencia.

Más todavía. En un suelo arcilloso el agua apenas penetra en el interior; y en un suelo arenisco, por su porosidad, la misma agua se filtra y se escurre demasiado.

La buena tierra, como dice un excelente escritor agrícola, sin ser pegajosa, necesita que tenga cuerpo ó miga y se esponje y mulla fácilmente. Si tomando un terrón mojado y amasado con los dedos, añade, se deja secar al sol, ha

de ofrecer alguna resistencia para deshacerse y desmoronarse.

En todas las tierras, la espesura de las mismas y la naturaleza del sub-suelo ejercen la mayor influencia en su fertilidad y en la manera como las aguas pueden fecundarla.

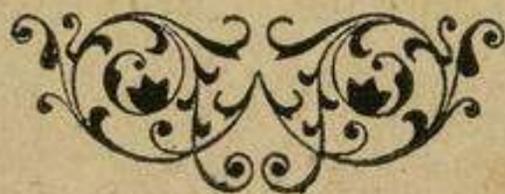
Unas tierras absorven más que otras la humedad que reciben, y unas más que otras la conservan. Si se las cultiva cuando son demasiado húmedas, se adhieren á los instrumentos y la reja no puede voltearlas bien. Si se las trabaja cuando son demasiado secas, todavía ofrecen mayor resistencia, fuera de que carecen de propiedades para el cultivo. Aquí del tacto y pericia del labrador.

La mayor ó menor resistencia no depende tan solo de la humedad ó sequedad del terreno, sinó de la naturaleza de las tierras, esto es, de ser fuertes ó de ser ligeras. En las primeras predomina la arcilla, y en las segundas la sílice ó arena.

Entre estas dos categorías existen las tierras llamadas francas que contienen la arcilla, la arena y la cal en proporciones regulares. Estas tierras constituyen generalmente los suelos profundos, ni muy sueltos ni escesivamente

húmedos, á los cuales dividen facilmente las rejas y las gradas.

Pero sea cualquiera la clase de tierra, para ser productiva, debe encerrar cierta cantidad de despojos orgánicos, esto es, *humus* ó mantillo. Las tierras desposeidas de este elemento, están condenadas á la esterilidad.



Los esfuerzos del hombre

El hombre, con su trabajo é inteligencia, convierte los montes en llanos y los desiertos en poblados. Modifica los climas, taladra las montañas, tuerce el curso de los rios, y á dos mares, desde la creación separados, los une con un beso eterno.

Descendiendo á la esfera del cultivo, el hombre, el labrador, puede corregir los defectos de un terreno, y no solo *puede*, sinó que *debe* hacerlo, siempre que los beneficios que se promete le compensen los trabajos que tenga que realizar.

La mejora de los terrenos podrá ser costosa, pero es por demás sencilla. Porque ¿cuáles son los principales defectos de las tierras laborables? El ser excesivamente arcillosas, arenosas ó calizas, y también el ser pobres en materias orgánicas.

¿Cómo se remediarán estos defectos? ¿Cómo?

Sudando. He aquí la fórmula en su más sencilla expresión, y ampliada convenientemente se entiende: transportando al terreno las clases de tierra que faltan para mezclarlas con las clases de tierra que sobran.

Existe un medio más fácil, aunque no más seguro, que consiste en averiguar de que clase de tierra se compone el sub-suelo y si en él se encuentra la que el cultivador necesita; todo estriba en mezclarla por medio de una profunda labor de arado.

No faltará quien considere difícil, por lo costosísima, la tarea de transportar á un campo la tierra que se necesita. Pues bien; hágase, no de una vez, sino por medio de un trabajo sucesivo todos los años, aprovechando la época en que hay menos quehaceres en el campo.

¿Y no queda más recurso? Uno queda y de soberbio efecto: tal es el abono por medio del estiércol, que si no corrije las tierras, les proporciona alimento para las plantas, y entre una tierra corregida sin abono, y otra abonada, aunque no esté corregida, yo estoy por esta última. El estiércol es el principio vital de la tierra laborable.

Lo que causa hedor engendra flores

Poseía algunas tierras asaz pobres y sin fuerzas; reuní durante algun tiempo el estiércol de las reses y con hojas recogidas, montes de retama y atochas, todo lo he trasportado en aquellos terrenos y el resultado ha sido maravilloso.

Es verdad que tuve que comprar una cantidad de ceniza, fosfatos naturales y guanos y para ello, claro está que necesité algún dinero.

Sucedió que durante el acarreo una señorita, la hija de un amigo mio, quien se encontraba á la sazón en la granja, se hacía toda ascos y repugnancia, cuando mis hijos y yo atestábamos los carros de aquellos estiércoles, y como dicha muchacha llevaba en la boca un clavel que sostenia entre sus labios, por su corto tallo, volviéndome hácia ella le dije:

—Enriqueta, ¿á que no aciertas de donde salió ese clavel que tienes en la boca?

—De aquella maceta, contestó la niña señalando una de la que habia cogido la flor.

—Pues mira, le repliqué; se ha nutrido y alimentado con *eso* que tanto te repugna ver siquiera, y con *eso* mismo se nutre y alimenta todo cuanto comes.

Enriqueta no contestó, acudiendo á mi hija que en aquel mismo instante la llamaba.

El estiércol es el primero de los abonos; pero como los hay de frios y cálidos, para aplicarlos con provecho es necesario conocer cuales son unos y cuales son otros.

Hay tierras que no necesitan estercolar, y son aquellas que reúnen todas las sustancias requeridas por las plantas que se cultivan, y aún aquellas que descansan con un año de barbecho.

También es preciso tener en cuenta que unos terrenos conservan más tiempo que otros los abonos, lo mismo que las plantas, las cuales unas más que otras consumen las sustancias nutritivas.

Las hojas, cuando son llevadas á los establos, constituyen con el tiempo un buen estiércol: primero sirven de cama al ganado y luego se emplean como abono.

Muchas plantas segadas en verde y enterradas en el mismo campo con el arado, pueden servir para abonar la tierra.

Volviendo á los estiércoles, es necesario cuidar de que no se pierdan. ¿Qué virtud puede tener un montón de estiércol, depositado en el campo que se ha de abonar, permaneciendo largos dias en descubierto, á merced de los rayos del sol, de la lluvia y de los vientos? Si á lo menos se echara una capa de tierra por encima, que cubriera la superficie del montón, no quedaría el estiércol desustanciado como queda.

Los estercoleros deben formarse en una cerca con el suelo cimentado, allá en el corral, en sitio cubierto y en disposición de recibir todos los líquidos que salen de los establos, á fin de que nada se desperdicie.

Además, ni el suelo ni la atmósfera deben quitarle al estiércol ni un átomo de sustancia.



Nada de huelgas

—Vamos, ¡arriba, muchachos! que ya clarea.

—Pero hombre, déjalos dormir un poco más, que el día es bastante largo.

—Pero mujer, no seas tan... madre, iba á decir. ¿No ves que hemos de segar los forrajes y es bueno madrugar, porque la tarea fatiga menos por la mañana que por la tarde? Pues que! ¿te figuras que no les dejo sestear durante las horas del mediodía?

—Padre, dijeron desde adentro los chicos, ya estamos levantados, y cuando usted quiera.

—No será sin comeros antes unas sopas con leche, añadió mi excelente mujer.

Entretanto que despachamos nuestras sopas, uno de mis hijos me dirige algunas observaciones sobre los forrajes.

—Toda heredad que no mantenga el ganado posible, les dije, caminará á su ruina; y como

para tener mucho ganado es indispensable mucho forraje, he aquí porque concedemos tanta extensión á las plantas forrajeras.

Muchos están en la creencia de que la tierra necesita descanso como los hombres y los animales. Esto es un error que hace disminuir la producción de los campos.

¿Sabeis como descansa la tierra? Como el hombre activo, cambiando de trabajo, ó más propiamente hablando, con la alternativa de cosechas. Lo que importa es ayudar la tierra á producir, prestándole fuerzas por medio de los estiércoles.

Este ejemplo se hace palpable en el cultivo de la huerta. ¿Deja el hortelano ninguna tierra en barbecho? Pues si no la deja el hortelano, ¿por qué ha de dejarla el labrador?

¿Será porque el constante riego lo permite? Los cortinales carecen de riego y se siembran todos los años. Se objetará que el cultivo en pequeño lo permite por abonarse facilmente. Pues apélese, para los grandes cultivos, á la alternativa de cosechas.

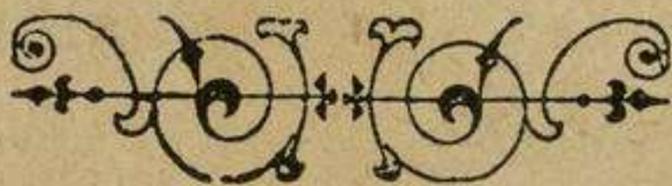
El caso no admite duda: cuando una planta ha esquilado un terreno, otra planta encontrará todavía con qué alimentarse. Entre las

plantas que pueden y deben alternar, hay dos que se consideran como cultivos de primer orden: los cereales y los forrages. Los primeros nos proporcionan el pan, que es el principal sustento del hombre, y las segundas nos hacen producir la carne, que es el alimento más nutritivo.

Los cereales chupan mayormente la tierra; los forrajes absorben principalmente de la atmósfera. He aquí otra razón por qué cultivamos en grande escala las plantas forrajeras.

Nada de huelgas; nada de improductivo barbecho.

Es natural que el cultivo alternado sea más costoso, pero duplica la producción, que es lo que importa; y pues la tierra no se cansa de dar, no nos cansemos nosotros de pedir: vengan brazos al cultivo; venga la producción al mercado, que para todos hay en la viña del señor.



La siega



El sol ha dorado las mieses, y éstas ya se hallan dispuestas para la siega. A los campos, segadores; empuñad las hoces y comencemos la tarea.

La siega es larga y fatigosa; pero es un hermoso espectáculo el que ofrece una cuadrilla de segadores cuando en acompasados movimientos cortan los tallos del trigo, seguidos de algunas mujeres y muchachos que recogen las espigas que se caen.

Ogaño tenemos buena cosecha; pero ¡cuántas y cuantas se pierden hasta el punto de que el cultivador apenas recoge la semilla que ha depositado en los surcos!

He aquí el gran error de nuestra atrasada agricultura. Sembrar mucho trigo, cansar las tierras con un mismo cultivo y agotar su fertilidad sin conocer la causa.

Los granos necesitan tierras grasas y limpias y, sin embargo, se siembran en todos los terrenos.

Muchos labradores no saben ó no quieren salir de la esfera de los cereales, sin considerar que estos perjudican la tierra y se perjudican mutuamente, cuando se suceden sin cultivo forrajero intercalado.

¿Habeis calculado lo que cuesta el trigo cuando se halla depositado en los trojes? No hay cultivo más caro, ni más expuesto, ni más inseguro.

Pero es necesario producir pan. ¿Quién lo duda? Mucho pan, pero también mucha carne, y el heno da carne y no quita pan.

El secreto de la producción agrícola consiste en sembrar menos para que produzca más, ó en otros términos : en saber escoger las plantas que más y mejor pueden medrar en determinado terreno. ¿Es el trigo? pues venga ese cereal, pero alterne debidamente con otras plantas.

La recolección de los cereales es la época del gran trabajo en las fincas donde aquellos constituyen el mayor cultivo. Hombres y animales, al llegar la noche, quedan extenuados por la

fatiga que han experimentado durante el día, bajo una atmósfera calurosa.

Grave perjuicio es ese, muy digno de tenerse en cuenta. Aglomeración de faenas, trabajo excesivo, postración de fuerzas, vejez prematura. Todo esto puede evitarse con la alternativa de cosechas que comparte el trabajo en varios períodos del año y establece la regularidad en todas las operaciones del cultivo.



XXXVI

El pan

Fruto de bendición es el pan, y ya en las edades primitivas constituía el principal alimento del hombre.

Todo lo representa el pan en la mesa del pobre. A su alrededor se esparce la alegría entre la familia reunida, mayormente cuando aquel es el resultado de la laboriosidad.

Existe un pan que propiamente podemos llamar de familia, el cual se diferencía, por un sabor característico, del pan comprado en la tahona. El pan de familia es más sabroso porque es amasado en la casa con trigo de la cosecha.

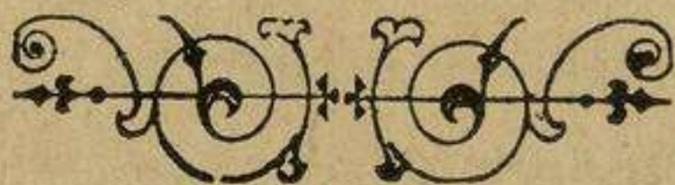
Producto del suelo y alegría del hogar doméstico, aquel pan exhala un aroma indefinible que trasciende á gratas emanaciones, y lleva consigo los gérmenes de salud, que no puede encerrar jamás el que ha sido sofisticado por manos mercenarias.

Ah! cuando mi esposa deposita la hogaza sobre la mesa, yo me deleito en mirarla, y me parece que es aquel el pan que pedimos á Dios todos los dias, y me parece también que mis hijos lo han de saborear con placer, porque es el producto del trigo que ellos han cultivado, transformándolo su madre en el principal alimento.

«Si yo conociese á un hombre que supiese producir dos espigas en vez de una, decia un sabio monarca, lo preferiría á todos los genios políticos.»

No lo dudeis: en el pan está concentrada la dicha y el bienestar de la familia, el trabajo y los esfuerzos del hombre.

Ya sé que en muchas mesas el pan constituye un manjar secundario, casi una fórmula, para dar lugar á refinados manjares; pero en mi mesa desempeña el papel principal, y ojalá que nunca me falte.



Debajo del emparrado

Allí sentados en un banco de piedra, después de cenar, disfrutamos del frescor regalado en las calurosas noches de estío.

Estábame anoche tranquilamente fumando mi pipa, oyendo la alegre algazara que levantaban adentro mis hijos en compañía de varios mozos y algunas muchachas del lugar que nos habian ayudado en las operaciones de la siega.

A la sazón estaban cenando, cuando apareció á mi vista una espigadera y se dirigió al otro lado de donde yo estaba.

—Manuela, le dije al verla; ¿no cenas tú esta noche?

—No quiero, contestó. Eramos trece en la mesa y nadie ha querido levantarse más que yo.

—Y por qué te has levantado? vamos á ver.

—Porque en siendo trece que comen en una mesa, siempre fallece uno al término de un año.

—De veras? Y si fuesen catorce?

Conoció la muchacha que me burlaba y se calló; más en esto fueron llegando las demás, y yo quise aprovechar la ocasión para destruir algunas supersticiones populares.

Quien me refirió las fábulas y consejas que le contó su abuela; quien aseguraba que un vecino había visto aparecer un alma en pena; uno afirmó que los ahullidos de un perro eran presagio de algún fallecimiento; otro juraba y perjuraba que tal infeliz vieja sostenía comercio con el mismo diablo. No faltó tampoco quien manifestase que una mariposa de color oscuro era nuncio de funestas noticias, ni tampoco quien asegurase que era de mal agüero emprender un negocio en martes, y que auguraba desgracias el hecho de derramar la sal sobre la mesa. En fin, fueron tantas y tales las supercherias que anoche se manifestaron, que á la verdad no sabia por donde empezar.

—Todo lo que habeis dicho y comentado esta noche, les dije, no es otra cosa que un cúmulo de majaderias y patrañas.

—Pues y la *buenaventura*? saltó una muchacha como unas perlas. No me negará usted que muchos gitanos y gitanas leen en la palma de

la mano el porvenir de las personas.

—Otra te pego. No hay duda que los gitanos y gitanas son gente muy ladina, y que por el aspecto de la cara conocen si aciertan ó no en sus ingeniosas palabras. Pero observareis que con sus vaticinios dan una en el clavo y nueve en la herradura, y las personas ignorantes, que son siempre las que explotan, se paran tan sólo en la primera. Nadie más que Dios lee en nuestro porvenir.

—Sin embargo, los pronósticos del calendario....

—Estos, más ó menos, pueden cumplirse, porque se fundan en cálculos científicos sobre leyes á que obedecen ciertos fenómenos de la naturaleza. Por lo demás, fuera temores vanos; nosotros los labradores nos hemos de acostumar desde niños á transitar á todas horas por la soledad, perdiendo el miedo á las sombras y ruidos nocturnos que pueden ser ocasionados por... cualquier cosa.



XXXVIII

Los pronósticos

En el Manual de Agricultura de D. Alejandro Oliván se leen las siguientes observaciones que pronostican las variaciones de tiempo, aunque no de una manera inconcusa.

Es de esperar buen tiempo.

Cuando se vean relámpagos en el horizonte ó cerca de tierra;

Cuando abunden murciélagos al anochecer;

Y cuando se reúnan los moscardones á puestas de sol, formando columnas ondulantes.

Se anuncia el viento:

Por ser la puesta del sol en cielo rojo;

Por parecer las ascuas más encendidas que de ordinario;

Y por agitarse la llama de las luces.

Son indicios de lluvia:

Que el sol, la luna y las estrellas tengan cercos blanquecinos;

Que antes de salir el sol esté rojo el cielo,
desapareciendo luego este color;

Que el sol palidezca, á cualquier hora del dia,
y que haga experimentar un calor sofocante;

Que el cielo se cubra de nubes por el lado del
viento húmedo, y más si traen el arco—iris.

Que baje el barómetro;

Que el hombre sienta dolor en los callos ó en
sus achaques reumáticos;

Que oiga mejor los sonidos lejanos y perciba
con mayor fuerza los olores;

Que bajen las golondrinas el vuelo, piquen
las moscas más de lo regular, se revuelquen las
gallinas en el polvo y se atusen los gatos;

Que se desprenda el hollín de las chimeneas
y se pegue la ceniza á la badila.

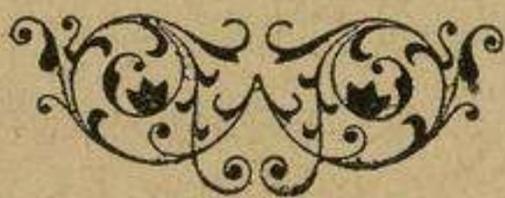
Dan señales de lluvia:

El bajar nubes y rodar por los campos;

El sobrevenir niebla durante el agua;

El chillar de las lechuzas mientras llueve;

El inclinarse el viento al lado de donde bar-
ren las lluvias.



El tiempo es oro

El valor del tiempo es inapreciable.

Ahí tenemos á los señoritos del lugar que ocupan todo el santo dia brujuleando de aquí para allá ó pasando horas en el casino *matando el tiempo*, como ellos dicen.

¡Valientes hombres de provecho! ¿Qué puede esperar la sociedad de tales individuos?

El buen cultivador no desperdicia una hora siquiera. Paseando, mirando y olfateando; ejerciendo vigilancia en todo; examinando el terrazgo, los frutos y el ganado con ojo de propietario, que equivale á decir con ojos de lince.

Mientras se prepara el desayuno observa las camas y los pesebres del ganado; en los dias lluviosos averigua si hay una gotera en el edificio; aprovechando los ratos de clara, cuando ha llovido, trata de observar el trasto que dete-

riora la intemperie para ponerlo en abrigo; jamás pierde el tiempo estérilmente.

Centinela alerta de todas las necesidades de la heredad, no tan solo ha de ser cuidadoso y vigilante, si que también previsor. Verá venir el golpe al menor síntoma de amago; percibirá la tempestad antes de que ésta efectúe su descarga. Nada puede ocurrir que al buen cultivador se le escape.

Sea ante todo madrugador, que «á quien madruga Dios le ayuda» porque éste tiene tiempo para todo.

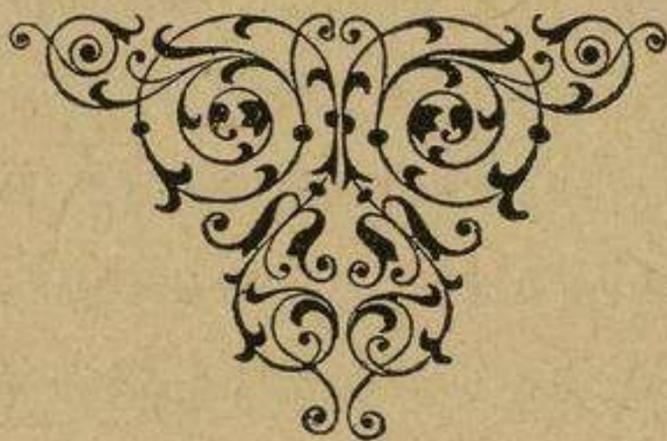
Predique con el ejemplo, porque de lo contrario, los que le sirven se atemperarán más que al sermón á los gustos del predicador.

Para ganar tiempo en las operaciones de labranza, no hay como vivir sobre el terreno que se cultiva; entonces no malgasta uno las horas en caminos ni mudanzas, pues á todos los sitios acude con presteza; desde la casa los radios serán cortos; ella ha de constituir el centro de la heredad.

A cubierto pasará el mediodia, comiendo siempre los manjares condimentados en su hogar, en compañía de su esposa y de sus hijos, y le sabrán á mieles entonces.

Muchos campesinos gastan un tiempo precioso para salvar largas distancias, y llegan fatigados al término de la jornada, perdiendo fuerzas que luego se encuentran á faltar para el trabajo.

El orden y el método en todas las cosas son las mejores medidas para ganar tiempo y trabajar con provecho.



Como se emplea el tiempo

He leído en un libro la siguiente máxima:

«Apurar la tierra es apurar el bolsillo» y es que todos los excesos son perjudiciales.

Tienta muchas veces la codicia al labrador, y siembra que te siembra no repara que los terrenos se empobrecen, máxime si les faltan abonos.

Trabajos hay en el campo que no se aplican directamente al cultivo, y sin embargo, favorecen en extremo las tierras de labranza, pues les quitan de en medio los obstáculos que se oponen á su prosperidad.

Desviar un arroyo, distribuirlo por medio de regueros en un prado ó en un herbaje cualquiera; cambiar la dirección de las aguas torrenciales, apartándolas de donde puedan dañar y conduciéndolas á sitios provechosos; todo esto se puede practicar en cualquier tiempo, termi-

nadas las labores de invierno, cuando nada corre prisa, y no tardarán en recogerse los beneficios.

Desecar un pantano, abriendo zanjias que crucen por todas partes; llenarlo despues con piedras para nivelar el suelo y convertirlo despues en prado... ¿No es éste un trabajo escelente y productivo?

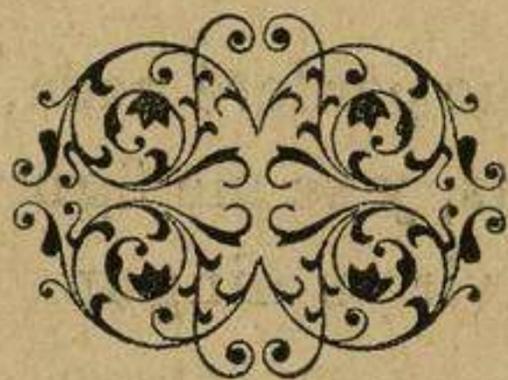
No permitais el agua embalsada, pues constituye una funesta calamidad para los hombres y animales. Si las usais para abrevaderos, procurad desaguarlos y limpiarlos con frecuencia; no los expongais á los rayos ardorosos del sol, ni menos á que se cubra de vegetación la superficie.

Rápidamente se inficiona el agua detenida; los animales que la beben se engullen gérmenes nocivos que se declaran despues en graves enfermedades. Las emanaciones de aquellas aguas inficionan también el aire que se respira.

¿Sabeis de donde provienen esas fiebres endémicas que sufren en muchas comarcas los campesinos? De las habitaciones insalubres y de las aguas estancadas.

Viviendas espaciosas y limpias; nada en ellas

de sustancias que fermenten ó se evaporen. Terraplenad los terrenos pantanosos; declarad guerra sin cuartel á los juncos, á los cardos y á los helechos; promoved mejoras en este sentido y saldreis siempre gananciosos por el tiempo que habreis empleado.



¡Pátria!



Esta noche me ha propuesto uno de los colonos vecinos la compra de sus aperos, porque se halla resuelto á emigrar con su familia á la República Argentina, con la esperanza, segun dice, de mejorar de posición.

—¿Y estás seguro de conseguir esta mejora? le dije.

—A lo menos no perderé nada, me contestó. El pasaje es gratis, y se me figura que peor que aquí no puedo vivir en ninguna parte.

—¡Y abandonas esos campos donde siempre has vivido y trabajado; la casa que te dió abrigo la iglesia donde oras, á tus parientes, á los amigos!...

—No te canses en disuadirme, me replicó, porque es en vano. Aquí no puedo ganarme el pan, y es menester que en otra parte lo encuentre.

Mucho me impresionaron estas últimas palabras que, por otra parte, no tenían réplica. La miseria impulsa la emigración.

Los capitales se apartan de la agricultura y ésta no prospera. La ignorancia envuelve con sus opacas sombras á los campesinos, y éstos no pueden intentar cosa alguna en favor de su bienestar.

¿De dónde proceden la mayor parte de emigrantes que arrojan todos los años las comarcas rurales? De los países pobres ó mal cultivados.

Un país fértil, ó mejorado por los esfuerzos del hombre, sostiene una numerosa población agrícola; por consiguiente, el único medio de retener los trabajadores en los campos, es mejorar el suelo y el cultivo.

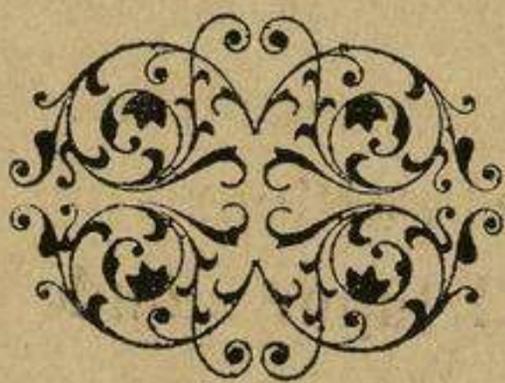
¡La pátria! ¡El lugar donde hemos nacido! ¡Esos parajes tan llenos de encantos cuyos detalles, metidos en el alma, nos recuerdan los alegres días de la infancia! ¡*El sabor de la tier-ruca* que percibo con los fragantes olores del enebro y del tomillo que embalsaban el aire que me rodea! Oh! que hermoso es todo esto mirado con los ojos del corazón!

Trabajar en el círculo de la familia, de la

amistad, del pueblo y de la nación, extendiendo la actividad desde el centro á la circunferencia, esa es mi vida.

Yo siempre he creído, sin presunción, que mi concurso sirve de algo; como humilde labrador creo trabajar por la pátria y la humanidad.

Por otra parte, la pátria me proporciona todas las condiciones de la vida social: industria, artes, ciencia, religión, leyes, idioma, todo lo debemos á la pátria. ¿No será justo, pues, amarla, cultivarla y defenderla?



Lo que yo pienso

Como obra de Dios me siento identificado con la naturaleza y deseo vivir en íntima unión con ella, penetrado como estoy de su magestad y armonía, lo mismo que de la belleza de estos campos que habito y cultivo.

Existen, sin duda, otros países más fértiles y otros campos más amenos; pero yo amo estos lugares que embellezco con mis cuidados, y estas tierras que fecundizo con mis sudores.

Asociado con mis hijos, observo cada día los adelantos de nuestra labranza, y si mañana cualquiera de ellos tiene necesidad de separarse para fundar una nueva familia, no le faltará mi apoyo ni otras tierras que cultivar con provecho.

El placer, el placer legítimo se entiende, es la consecuencia del cumplimiento del deber, y más que en la holganza y en los vicios encon-

trará siempre el hombre alegría más pura en el trabajo.

Abriendo nuestro corazón á todo lo que es bueno y bello en el mundo, como bienhechor rocío sentiremos nuestra alma inundada por los más dulces sentimientos.

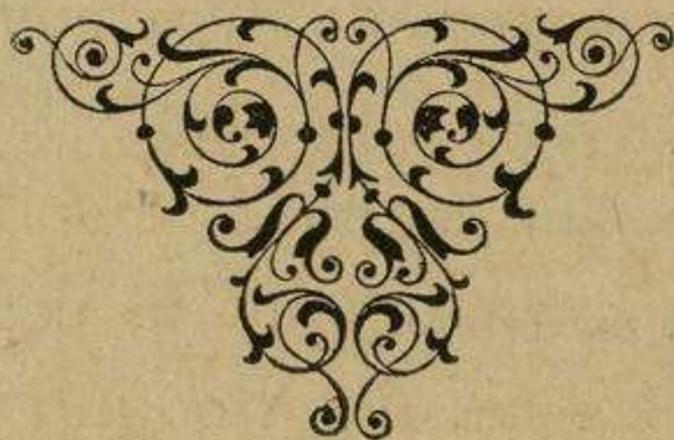
Principio por conocerme á mi mismo, exento de soberbia y vanidad, y como miserable criatura me veo precisado á cada paso á corregir mis defectos.

Amo, empero, mi dignidad y mi honor, haciendo que los hombres me reciban como soy, con mi carácter leal y mis convicciones independientes, reivindicando legalmente todos los derechos que me corresponden.

Amo la vida, pero no tanto que la idea de la muerte me espante, porque la considero como necesidad de la vida. Puerto que se abre es la muerte, para dar paso al alma hácia nuevos é indefinibles horizontes. El justo espera tranquilo.

Arca santa es mi familia, donde guardo el tesoro de mi felicidad. El amor de mi dulce compañera llena todas mis aspiraciones, y en los ojos de mis hijos leo, como en un libro, mi dicha presente y futura.

Quiero que sean jóvenes que ejerciten sus fuerzas en el trabajo, su inteligencia en los libros y su sentir en los nobles actos; y prefiere ver sus rostros tostados por el sol, curtidos por los vientos, y amoratados por el frío, que no verlos pálidos y apagados por la atmósfera viciada del café.



VIII

Amad las flores

Descorazonada he visto esta tarde á mi tierna Catalina, llorando á lágrima viva en un rincón.

¡Pobre niña! El tremendo *Buli*, un magnífico perrazo que me guarda la casa, había penetrado en el jardín de mi Lija, destruyéndole la encañada y algunas flores.

Las flores constituyen un mundo tan puro como inocente y tranquilo.

Las mujeres aman instintivamente las flores, y hasta las niñas, desde muy temprano y por un sentido especial que no tenemos nosotros, encuentran en ellas algo más que su aroma.

Yo dejo á mi hija cuidar de las flores, no como objeto de un amor ocioso, sinó como ocasión de trabajo, de inquietudes, de cuidados y de éxito. Además, yo creo que lo bello vale tanto como lo útil.

Desgraciadamente los hombres no lo comprendemos así y... para que quiero yo las flores? exclaman no pocos. Maldito el provecho que me dan; por consiguiente, es trabajo perdido el cultivarlas.

¡Error como ese! Amad las flores, no como objeto de lujo y coqueteria; sinó como una época de la planta, como la planta vestida de gala, como la parte más bella de la vegetación.

La contemplación de las cosas bellas—y no hay duda que las flores lo son—inspira pensamientos de igual naturaleza. La vista de una rosa, por ejemplo, produce una impresión de placer, y cuanto más se examina su estructura, más se admira su forma y sus detalles.

Las flores son bellas como lo son los árboles con sus hojas, los pájaros con sus plumas y las mariposas con sus alas.

Fuimos al jardín con mi hija, y en un abrir y cerrar de ojos recompuse los desperfectos; enderezó Catalina algunas flores, las saludó una á una y les dió el casto beso de hermana.

¡Encantadora niña! Al separarnos de su jardín ya no lloraba. A los pocos pasos nos encontramos con el perro destructor que tanto disgusto le habia causado. El animal se tendió á

sus piés como para implorar su perdón, y Catalina, cediendo á un impulso natural de venganza, iba á castigar al perro, pero se contentó con pasarle la mano por el lomo.



VIL

Angelus Domini

Las sombras nocturnas iban poco á poco ganando terreno.

Mientras mi hija se dirigía á casa, seguida del perro, mis hijos se retiraban del trabajo con las cansadas yuntas, y yo hube de detenerme y áun retroceder algunos pasos para conducir los bueyes en el establo.

El aire era tan diáfano y sutil que se veían aparecer las más diminutas estrellas que débilmente fulguraban en el espacio sin término.

Entremezclado con el último balido de las ovejas, se oía, amortiguado por la distancia, el lento són de una campana que desde la iglesia del lugar vecino llamaba á los fieles á la oración.

Los apacibles rumores que apenas turbaban el reposo de los campos; el azul de los cielos que empezaba á poblarse de estrellas; mi soledad en

aquel sitio, tantas veces recorrido, pero siempre halagüeño, llenaron mi alma de un piadoso recogimiento, y me quité el sombrero para rezar la oración del ave-María.

Al cabo de un corto tiempo me retiré; mas apenas hube andado algunos pasos, cuando percibí el ruido de las pisadas de una caballería que se acercaba, apareciendo despues con el sugeto que la montaba y á quien yo conocía muchísimo.

—Tanto bueno, amigo Rafael, le dije estando cerca. Tú por aquí á estas horas?

—No lo estrañes, respondió el interpelado; he venido á verte para tratar contigo un asunto para mí de la mayor importancia.

—Por supuesto que pasarás con nosotros esta noche en la granja.

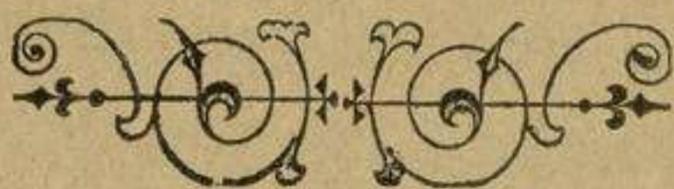
—Si no te opones....

—Oponerme yo? No en mis días; al contrario, tendré gusto en ello. ¡Maria! grité desde el patio llamando á mi esposa; esta noche tenemos convidados.

A poco apareció mi mujer y mis hijos, y después de los cumplidos de ordenanza con mi amigo Rafael, uno de aquellos condujo la caballería al establo, en donde le dió un buen pienso,

y ya todos en la granja, principiamos por obsequiar á nuestro huesped con un vaso de agua con azucarillo y su poquito de aguardiente.

Hablamos luego un breve rato hasta que yo, tomando por mi cuenta á Rafael, nos fuimos á sentar los dos en el banco de piedra, debajo del emparrado.



Un rato de conversación

—Habla. ¿Qué se te ocurre? le dije.

—Necesito dinero á todo trance, exclamó sin más preámbulos.

—Mira, Rafael, repuse; tu petición no me sorprende; pero hartos sabes que no soy capitalista y que lo poco que poseo lo invierto en las necesidades del cultivo.

—Es decir, prosiguió mi amigo con desmayado y triste acento; que habré venido en vano á esta casa; que en vano habré recurrido al amigo para librar á mi hijo de la suerte de las armas.

Confieso que estas últimas palabras se encaminaron directas al corazón. Me acordé en seguida de mis hijos y no pude menos de exclamar:

—Rafael, yo no puedo darte dinero, por la sencilla razón de que no le tengo; pero en cambio te prestaré mi fianza.

Oh! gracias! balbuceó Rafael; no sabes el peso que me quitas de encima.

—No hablemos más del asunto; pero dime, continué, por qué vendiste la herencia de tus padres?

—Porque mis padres, amigo Pedro, por un exceso de cariño, en vez de hacerme un labrador como tú, con lo cual hubiera ganado la hacienda de este país, quisieron abrirme camino en el mundo, hasta que conseguí mi título de abogado, y como este título exigía lo que llamamos conveniencias sociales, hube de pasar por ellas y...

—Naturalmente, como siempre has procedido como hombre honrado, no has querido enmarañar los pleitos por no engañar á tus clientes, y el producto de tu trabajo no ha sido suficiente para sostener tu posición.

—Ni más ni menos, Pedro. Toman en el mundo aspecto de legalidad ciertos actos que repugnan á una conciencia honrada, pero que llenan los bolsillos de los que ancha y rasgada la tienen. Yo nunca he de transigir con tráficos indignos. Trabajaré sin descanso y con adversa suerte; me circundarán los sufrimientos del apuro; mas antes de encanallarme y envile-

cerme, aunque fuera sin delito ostensible, moriré de hambre en un rincón.

—Bien, amigo mio, exclamé estrechándole entre mis brazos; tú eres todavía de los buenos; tú mereces llevar con honra el título de persona decente.



Lo que allí pasa

Nos sentamos á la mesa y comimos todos con buen apetito: Rafael satisfecho, porque su hijo iba á ser librado del servicio de las armas; y yo más satisfecho aún, por haber enjugado las lágrimas de una familia desgraciada.

Terminada la cena salimos todos al patio donde nos aguardaban algunos de los concurrentes á nuestras reuniones, deseosos de escuchar á mi amigo el abogado, pues mis hijos les habian advertido de su llegada.

La conversación de aquella noche versó sobre las ventajas de la vida rural, y como alguno le observase á Rafael que el jornalero del campo gana poco, vive con privaciones y raras veces consigue un mediano bienestar, éste les dijo:

—Amigos míos, yo vivo en la ciudad y puedo daros testimonio de lo que allí está pasando. Es cierto que en los grandes centros de pobla-

ción son más crecidos los jornales en las fábricas y en los talleres; pero la existencia es mucho mas cara. Los alquileres de las casas están por las nubes, y gracias si un obrero puede pagar una reducida habitación; gracias que sin encontrar la figura airada del casero en uno de los tramos de la escalera, pueda subir el calvario de los últimos pisos.

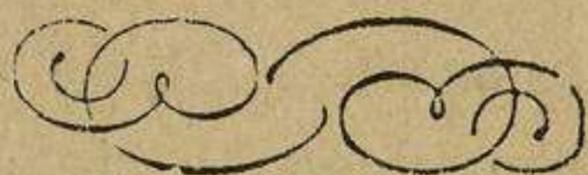
No os negaré yo que en las ciudades se encuentran muchos recursos y sobre todo más elementos para satisfacer las necesidades del espíritu; pero hay que advertir que el obrero no puede atender más que á su trabajo, y son muy contados los que suelen aprovecharse de aquellos elementos y de aquellos recursos.

Vosotros comeis pan, aunque sea de centeno; legumbres bien condimentadas, sin que os falte la rica leche y el delicioso mosto. En las ciudades no sabe el trabajador lo que come ni lo que bebe, porque muchos alimentos y bebidas se adulteran antes de ofrecerse al consumo público. Además, el aire que se respira entra á formar parte de nuestra alimentación, y aunque se mire por algunos como cosa de escasa importancia por la sencilla razón de que nada cuesta, siempre será el primer elemento de vida, y este

primer elemento se encuentra mucho más salu-
ble en el campo que en los centros populosos.

Rudas son vuestras tareas; desdichada la
suerte de vuestros hijos, por ser destinados desde
su más tierna infancia á un trabajo prematuro,
sin apenas haber visitado la escuela; pero más
desdichada es la de aquellos que se corrompen
en la abyección ó se atrofian en la miseria.

Desterrad de vosotros todo propósito de emi-
gración de los campos; aprended á leer y con
pláticas sabrosas sazonad vuestra inteligencia
á ello os proporcionará los medios y os facili-
tará los recursos para conseguir un bienestar
tranquilo y envidiable, ¡Ay! ¡Ojalá pudieran
todos decir lo mismo!



Por entre las mieses

Apenas alboreaba la luz del día, y conforme habíamos quedado la noche anterior, llamé á Rafael para que se dispusiese á visitar mis campos, antes que sofocase el calor del sol.

Andábamos los dos atravesando las doradas mieses, y á cada paso mi amigo me dirigía una observación ó me regalaba un comentario.

¡Lo que puede el trabajo! exclamaba al examinar los terrenos que íbamos recorriendo. Pues ¿y ese prado? No está poco favorecido desde mi última visita.

—Despacito se acercan, díjele á mi vez. Las mejoras en el campo con el tiempo se andan, pues de golpe y porrazo no sale ninguna cosa á derechas. Los prados, que muchos cultivadores abandonan á los azares de la naturaleza, los cuido yo con tanto esmero como podría cuidar un campo de cereales; por esto, donde se man-

tenian antes tres ó cuatro reses de ganado vacuno, más de doce campan ahora.

—Y como te arreglas para no dejar crecer malas yerbas en el prado?

—Muy fácil; observando las que no son apetecidas por ninguna clase de ganado, y apénas éste se ha comido las buenas, vamos arrancando las malas.

—Pero como á tercas nadie las gana, volverán á salir.

—¡Que si quieres! Como se roture el terreno unas pocas veces á cierta profundidad, acaban las malas yerbas por batirse en retirada.

—Y siempre destinas á prado este terreno?

—Ni por pienso. Roturadas estas tierras y convenientemente abonadas, les hago llevar una cosecha de cereales, ó de legumbres, ó de calabazas ¡que demonio! para seguir alternando con los forrajes.

—Y cuando la yerba es muy crecida, entonces...

—Aguardo á que esté en flor para guadañarla, pues cada corte favorece la propagación de las pequeñuelas que no roza la guadaña.

—Y siempre dejas entrar las reses en los prados?

—Mientras no esté húmeda la tierra, porque en ese caso, con el pisoteo del ganado se echarían á perder los pastos. Fuera de esto, primero entran las reses vacunas, despues las caballares, luego el ganado lanar y por último el de cerda.

—Comprendo; pues ese orden supongo que obedecerá á que unas reses más que otras cortan gradualmente la yerba á menor altura.

—Ni más ni menos, concluí; pero observo que el sol campea en el horizonte y deseo acompañarte todavía á mis viñedos.



III

En la falda de la colina

Después de atravesar un sembrado de patatas y legumbres. llegamos á la falda de la colina doñde los verdes pámpanos se extendían en dilatada zona.

Aquí se veía el famoso *moscatel*, de grano redondo y liso y de un sabor tan esquisito; allí la uva, *heben* de largo racimo, tan blanca como gorda y vellosa; ostentábase allá la *albarazada*, de jaspeado hollejo, y acullá se mecían racimos de castas variadas, ninguna de las cuales había entrado todavía en completa sazón.

Rafael se hacia todo ojos.

—Muy apretadas están las cepas, exclamó.

—No por esto desmerece el vino, repliqué; porque como el terreno es pingüe, nos permite que sembremos espeso.

—Observo que sigues el sistema de sembrar las vides en calles y trechos iguales.

—Por cierto, contesté, que no es con el objeto de recrear la vista, sinó porque de otro modo no daría la tierra por igual á todas sus jugos, ni podrían los pámpanos extenderse con libertad. Pero observa aquí en que el terreno es quebrado, como se sacrifica algo del ordenamiento.

—Parece que en breve tendrán uvas maduros.

—No soy yo de aquellos que pretenden anticipar la vendimia. Para fabricar buen vino es menester que las uvas maduren bien y con mucha igualdad, y que no se dejen las puntas de los racimos en contacto con la tierra, porque de lo contrario se pudren.

Anduvimos algún trecho por entre las vides, hasta que Rafael se detuvo diciéndome:

—Serán muy costosas las labores de viñas verdad, Pedro?

—Esa es la causa por qué las descuidan los grandes cosecheros, con harto perjuicio de las cosechas.

—Y dime, añadió; ¿á que clase de terreno debe darse la preferencia para la plantación de una viña?

—Los terrenos de fondo ó las vegas son los más apreciables para algunos; pero dénme á mí

tierras calcáreas cuyo sub-suelo propenda á la humedad, aunque mejor preferiría los costados de un caudaloso río.

—Y tocante á la poda, cuando la verificas?

—Plantadas las vides, ya sea por el sistema de barbado ó por estaca, á los dos años se acostumbra podarlas.

—Esta operación es muy importante.

—Importantísima. Las cepas se podan, no solo para impedir que su savia se pierda en la formación de vastagos inútiles, sinó para conducirla á los sarmientos que han de fructificar, y para que las uvas salgan á la parte inferior de las plantas, inmediatas al suelo, aunque sin tocarlo; pero que el calor de éste acelere la sazón.

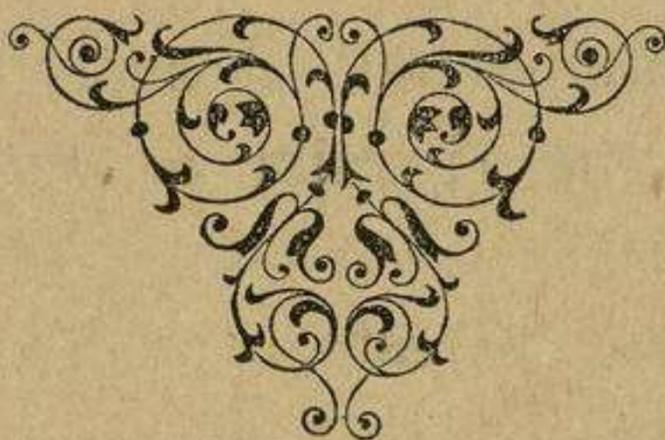
Y á propósito de esto, nunca olvidaré las siguientes máximas que sobre las vides leí en un libro.

«Malo es no podar, pero es peor hacerlo con esceso.»

«Ten en cuenta al podar, que las ramas no han de ser tan orgullosas que miren al cielo, ni tan humildes que se inclinen á la tierra: las primeras no fructifican; las segundas no vegetan.»

«Al despampar las vides y al podar, acuerdate que las hojas son los pulmones de la planta y el laboratorio de la vida.»

Poco después hubimos de retirarnos para ir á almorzar; bien que los rayos del astro del día empezaban á mortificar á Rafael. A no ser por esto, nuestra conversación sobre las uvas se hubiera prologado bastante.



II

La mujer en la Granja

A cosa de las nueve llegamos á casa, donde mi mujer nos tenía preparado un succulento almuerzo.

Apenas nos hubimos sentado en la mesa, Rafael exclamó:

—Pedro, tú eres feliz en estos campos al lado de tu buena esposa y con unos hijos tan honrados como laboriosos.

—Ya ves, le contesté: aquí todos trabajamos, mis hijos y yo en el cultivo, y mi mujer y la niña en las faenas de la casa y en la elaboración del queso y la manteca.

—Hay muchas comarcas en España, repuso Rafael, en que la mujer comparte con el hombre los trabajos del cultivo, faenas harto pesadas para un sér tan delicado y tan débil.

—La mujer, añadí, antes que todo es madre, es ama de la casa y en ella tiene sus principales

quehaceres. No hay duda de que cuando el hombre no alcance con sus esfuerzos á sostener la familia, la mujer debe prestar su ayuda; pero en la esfera que le corresponde, según su naturaleza. Dejemos para nosotros los trabajos rudos y fatigosos; que el sol nos tueste, que el viento nos curta, que el calor nos abrase. A nosotros nos corresponde cultivar la tierra, tiritar, sudar, acometer de firme los obstáculos. A ella debemos destinarle los trabajos de menos energía y la bella misión de templar con su suavidad y dulzura nuestras fatigas, haciendo menos sensibles las asperezas que á cada paso encontramos.

Magdalena, que hasta entonces no habia despegado los labios, se sonrió diciendo:

—Apuradillas solemos andar nosotras muchas veces, pues no se reduce todo al menaje de la casa, donde nunca escasea el trabajo, si una quiere llevarla como Dios manda. Cuando el marido se ausenta para sus negocios, la mujer debe vigilar los trabajos y prevenir las necesidades de la labranza, obligando con sus buenas maneras á que cada uno llene su cometido.

—Y dígame usted, Magdalena, repuso mi amigo: ¿no ha ambicionado usted nunca vivir

en la ciudad y concurrir á paseos, reuniones y espectáculos?

—¡Qué tontería! exclamó Magdalena; y para que necesito yo todo esto? Y cuenta que no lo rehusó ni por mojigata ni por zafia. Pero ya ve usted, la costumbre.... además de que aquí no nos faltan reuniones, aunque sencillas, ni espectáculos en la villa inmediata, aunque modestos. Mas por Dios que ya me siento impaciente para mostrarle á usted el espectáculo curioso que ofrecen todos los dias los habitantes del corral. ¿Quiere que nos acerquemos allí?

—Con muchísimo gusto, respondió Rafael.



L

Entremos en el corral

Yba mi mujer provista de algunos puñados de cebada, y apenas abrió la puerta del corral, á su primer llamamiento, las aves, como impulsadas por mágico resorte, acudieron desde el ponedero, tejadillo y sombrajo, sobre todo las gallinas, á disputarse los granos de cebada.

¡Qué tropel y que algazara, Dios mio! ¡Qué sendos picotazos para pillar algún grano! Hasta el señorón del gallo perdió su gravedad para tomar parte en el banquete.

El corral es una de las más útiles dependencias de la granja. Mi mujer le cuida con esmero; ella dispone de todo como mejor le cuadra.

Nuestro corral está sombreado por moreras, de manera que todas las aves se hallan abrigaditas contra los ardorosos rayos del sol, y se aprovechan al mismo tiempo de las hojas y el fruto que se cae.

Junto al gallinero hay una cubeta de agua

de continuo renovada donde las aves apagan deliciosamente la sed, y además una hoya llena de arena donde van las gallinas á revolcarse con placer, pues de esa manera se desembarazan del piojillo que las atormenta.

Todas las aves de corral desean correr y escarbar, de manera que á veces les abrimos la puerta y las dejamos vagar por las inmediaciones de la granja.

Durante el estio y el otoño las gallinas buscan su alimento en los campos, en las eras, en las camas del ganado, en el establo, en los estercoleros del corral; pero en las demás estaciones mi mujer les da comida por la mañana y por la tarde, intercalando algunos puñados de cebada, avena, maiz, alforjón, ó lo que á mano viene.

El lugar donde se recogen las gallinas no está muy expuesto ni á un frio escesivo ni á un escesivo calor, y mucho ménos á la humedad, que tanto perjudica la salud de las aves domésticas.

Largo rato estuvimos con mi amigo departiendo sobre los cuidados que requiere la cría de gallinas y demás aves de corral, en cuya conversación mi mujer llevaba siempre la mejor parte.

Los árboles frutales

¿Para que sembrar árboles? me decía en cierta ocasión un campesino. ¿Para los merodeadores ó los pájaros? Además yo estoy por lo positivo, ó lo que es lo mismo, por lo que tiene cuenta, y maldita la que tiene algunos puñados de fruta que se recoje al cabo de años mil que el árbol se ha plantado.

¡Bravísima idea! la contesté. ¿Con qué para nada se cuenta la fruta que se recoje ni la sombra ni el abrigo del arbolado? ¿Con que nada vale el producto de los frutales para el consumo de la casa ni los demás productos que los árboles nos ofrecen? Yo conozco unas comarcas en España en las cuales no pasaría por hombre completo el jóven que no hubiese plantado por su mano algunos árboles. Cualquier moza del pueblo lo consideraría indigno de su cariño. Y en cuanto á recoger tarde los frutos, yo me

atengo al refrán: Bien venga aunque sea tarde.»

—Si, pero lo peor es que otro los ha de aprovechar.

—Te aprovecharás tú ó tus hijos de los que plantaron los otros, y en paz se queda. Por otra parte, continué; ¿no te da gusto ver los alrededores de una casa de campo poblados de árboles frutales que la embellecen con su verdor, y en cuyo follaje se esconden y entonan sus cantares lasavecillas?.....

—¡Música celestial!

—Pues has de confesar, só pena de ser más terco que un guarda-cantón, que el arbolado rinde grandes beneficios.

—Pero yo lo que veo es que muchos árboles no prosperan.

—Naturalmente, según las sustancias que encuentran en el terreno. Mira; donde hay humedad los árboles pueden desafiar las sequias más desconsoladoras.

—Además, repuso mi obstinado contrincante el arbolado da mucho que hacer, y no equivale al trabajo el fruto que se cosecha.

—Yerra quien tal cree. Adelantado que esté el árbol en su crecimiento, se le poda, aguardando para ello el invierno que es la época de

ménos trabajo en los campos.

—Sí, pero la poda no da fruto,

—Claro está que no, pero en cambio, cercenando los árboles unos más que otros de ramos en su mayor parte estériles ó nocivos; dejando en el tronco algunas ramas ó señas para detener la impetuosidad de la savia, se le imprime un vigor fecundo, obligándole á dar el fruto por la parte que se desea.

Mi hombre se refugió entonces en su última trinchera y exclamó:

—Yo no diré que no convengan los árboles cuando dan fruto, pero necesitan muchos cuidados en su infancia, porque se hallan expuestos á muchos peligros.

—Como los niños, ni más ni menos. Pero siémbrense los árboles en lugar seguro para semillero ó plantel, á fin de trasplantarlos despues al prado, al huerto ó donde se quiera. Para la plantación se abren hoyos con tiempo para que la tierra se sature de todos los agentes atmosféricos. y una vez plantado el árbol, se va rellenando el hoyo con la misma tierra que sacó, mezclando un poco de estiércol, de manera que no toque las raices, que podria perjudicar ni se pierda tampoco en la superficie. Después,

cuando el árbol está algo crecido, una arada anual al terreno y una ración de abono de tarde en tarde. Ahora, por vía de término, recoge las siguientes máximas:

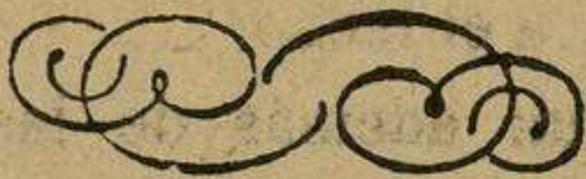
«Siempre que tengas que hacer alguna plantación, piénsalo y medítalo, porque en agricultura nada se improvisa.»

«Trasplanta los árboles mientras duerme la savia.»

«Coloca los abonos en donde gotean las extremidades de las plantas.»

«Cuando el fruto está maduro, cógelo y no esperes que caiga del árbol.»

«No golpees el árbol porque nunca es digno de castigo. (1)



(1) Antonio de Magriñá, comisario de Agricultura.

En los bosques

—Bien, pase por los árboles frutales; pero no te parece que deberíamos acabar con aquellos que nada producen?

—Y cuales son éstos? le pregunté.

—Toma! los de bosque. Suprime la maderera y la leña, y dime para que pueden servir.

—Y aunque no fuera más que esto, repuse; ¿te parece poco el producto y la utilidad de la madera para construcción, y el que las familias de los pobres labriegos tengan leña en el hogar y hoja seca para el lecho?

Pero escucha: además de las maderas y la leña, los montes representan un capital en abonos, en jugos, en cortezas y en frutos. Y que diremos de la larga lista de sustancias que constituyen materiales para numerosas industrias y remedio contra muchas enfermedades? ¿Y no comprendes lo que ha de mejorar el suelo

con la preciosa capa de mantillo que todos los años le cae encima, que da vida al árbol y fomenta al pié de sus troncos sabroso pasto para el ganado que á su sombra se cobija?

Esos árboles que nada producen, purifican la atmósfera de miasmas y suavizan la temperatura, impidiendo los frios rigurosos y los ardientes calores

Suprime los bosques, por el egoismo de aprovechar de una vez las maderas, y suprimirás en parte la vegetación, porque las nubes no encontrarán quien las atraiga en su magestuosa marcha, y las resuelva en lluvia. Suprime los bosques, y suprimirás insensiblemente la tierra vegetal que bajo la denominación de *humus* se acumula, impulsada por los vientos y las avenidas, sobre la tierra laborable, beneficiando las cosechas.

Ah! Cuando el hacha y la tea han llegado á empinadas cumbres, el descuajo ha producido en los llanos calamidades y ruinas; porque una vez talados los montes, pronto el agua de los altos se ha precipitado con furia, sin obstáculos que la detuviesen, yendo á parar en las faldas, socavando rocas que han ido á rodar en las hon-

donadas, sembrando la ruina y el estrago, después de barrer las faldas y laderas de la tierra vegetal que cubría la superficie.

—Pues no se han de talar nunca los bosques? dijo por último mi interlocutor.

—Si, le contesté; pero la tala debe ser oportuna, racional y entendida. Mas de esto á pretender su roturación, media una gran distancia. Los bosques son hermanos de la agricultura, ó cuando menos sus más fieles aliados, y el conservarlos es una condición precisa de la vida social.



ÍNDICE



Preliminares	3
I Dios en la Naturaleza.	9
II ¡Pobre agricultura!	12
III Lo que causa tristeza	14
IV Un medio de salvacion.	17
V Aquellos tiempos	20
VI Los males de hoy.	23
VII Medidas de orden	26
VIII Los amigos del hombre.	29
IX No mas guerra á los pájaros.	31
X Los amigos del agricultor	34
XI Una carta interesante	37
XII Los verdugos de las bestias	39
XIII Donde empiezan los beneficios	42
XIV El cerdo es una riqueza.. . . .	45
XV El buey y la vaca.. . . .	47
XVI El carnero y la oveja	50
XVII El ganado de labor.. . . .	53
XVIII A cenar tocan.	56
XIX No huyais de los campos.	58
XX Sistemas desastrose.	62
XXI Un rato de lectura	65
XXII La educaci3n en familia	68
XXIII Donde el círculo de la educaci3n se ensancha	71
XXIV Esto matará aquello.	74
XXV El capital agrícola.	77

XXVI	Poder supremo	80
XXVII	Es necesario conocer la plantas	83
XXVIII	Como respiran	86
XXIX	Analogías admirables.	88
XXX	La tierra vegetal.	90
XXXI	La buena tierra	93
XXXII	Los esfuerzos del hombre.	96
XXXIII	Lo que causa hedor engendra flores.	98
XXXIV	Nada de huelgas.	101
XXXV	La siega.	104
XXXVI	El pan.	107
XXXVII	Debajo del emparrado.	109
XXXVIII	Pronósticos	112
XXXIX	El tiempo es oro.	115
XL	Como se emplea el tiempo	117
IXL	¡Patria!.	120
VIIIL	Lo que pienso	123
VIIIL	Amad los flores.	126
VIL	Angelus Domini.	129
VL	Un rato de conversación.	132
IVL	Lo que allí pasa.	135
IIIL	Por entre las mieses.	138
III	En la falda de la colina	141
II	La mujer en la Granja.	146
L	Entremos en el corral.	148
LI	Los árboles frutales.	150
LII	En los bosques.	154





Esta obrita, lo mismo que las demás del mismo autor, se halla en venta en las principales librerías, al precio de una peseta 50 céntimos.

Se encuaderna *gratis* para los establecimientos de enseñanza.

Para dirigirse al autor, Isla de Menorca, Ciudadela, sin más señas.

SM

157